

EL ARRIERITO

Carlos Arturo Ospina H.

*Dedicado a los niños,
a la Asociación Colonia Ansermeña-Santafé de Bogotá;
a la Cooperativa de Caficultores de Anserma;
y en memoria del poeta Jorge Robledo Ortiz*

Ospina H., Carlos Arturo

El arrierito / Carlos Arturo Ospina H.,— Bogotá :Carlos Arturo Ospina, 2016
116p. 16 x 17 cm

ISBN: 978-958-46-9288-7

I. Título 1. Literatura colombiana. 2. Cuentos infantiles

Dewey 863 dc 21

Portada e ilustraciones:

Carlos Arturo Rueda Rueda

Foto Contraportada:

Juan Manuel Delgado Ramírez

Comparsa Jardín Niña María en los 450 años de Anserma

Diagramación y Armada:

Germán Díaz Isaza

Proceso de impresión:

Flashcopias de la 15. Bogotá

Primera Edición 20 ejemplares Julio 29 de 2016

CONTENIDO

-La casa anaranjada.....	7
-Al calor de la prosa.....	14
-La partida.....	20
-Una extraña carga.....	26
-El mercado.....	30
-La tolda.....	36
-El jaguar.....	45
-El Cauca.....	48
-A la Bella Villa.....	52
-El sueño.....	58
-El canto del sinsonte.....	67
-Otra vez el sueño.....	70
-El regreso.....	74
-La Escuela.....	79
-En la placidez del hogar.....	84
-Comentarios al por mayor.....	90
-Domingo.....	95
-Vuelta a la normalidad.....	99
-El nuevo viaje.....	102
-La ruta final.....	109
-Composiciones citadas en la obra.....	115
-Significado de los términos regionales.....	116

La Casa Anaranjada

Hubo un tiempo en que no se conocían carreteras, ni máquinas para moverse de un lugar a otro.

Existían solamente caminos de tierra colorada parecidos a unas cintas satinadas que subían a la montaña o se arrastraban por los valles. También los había empedrados y se veían como cordones de plata.

Por ellos únicamente pasaban hombres a pie o a caballo y mulas cargadas.

Sobre una bella colina estaba montado el pueblo de Anserma, como un pesebre. Por ahí pasaba un camino real tan viejo, que ya existía cuando los españoles llegaron a América.

Los indios que por esos lugares vivían, lo usaban para encaramarse en la cresta de la cordillera e irse hasta el imperio de los incas, a muchas jornadas de distancia.

Una finca de Anserma estaba coronada en un alto por una casa que tenía techo de tejas españolas, amplios corredores enchambrados a su alrededor y paredes de bahareque interrumpidas por las puertas de madera de las diversas dependencias que la componían. Como únicamente sus paredes eran blancas, mien-

tras que todas las puertas y sus corredores eran color naranja, las gentes le decían la casa anaranjada.

Sus patios eran empedrados y por todas partes colgaban materas con geranios, orquídeas, helechos y otras bellas plantas, frecuentemente visitadas por colibríes.

En sus jardines reinaban las azaleas, las hortensias y las dalias, rojas como un incendio o amarillas como soles.

En su huerta: los repollos, las cebollas y las coles formaban organizadas eras guarnecidas por plantas medicinales como la borraja, la mejorana, el apio, el perejil, y la hierbabuena, pues en los campos de esos tiempos, la gran farmaceuta era la naturaleza.

No faltaban los maizales, las plataneras; árboles como los guamos, los naranjos, los papayos, los chirimoyos, los brevos, los mandarinos, los limoneros, los chachafrutos, el tomate de árbol y las matas de mora. Las “**mangas**” para que las vacas y las bestias pastaran. Los establos, las pesebreras, los corrales, los gallineros, los palomares y los estanques para los patos.

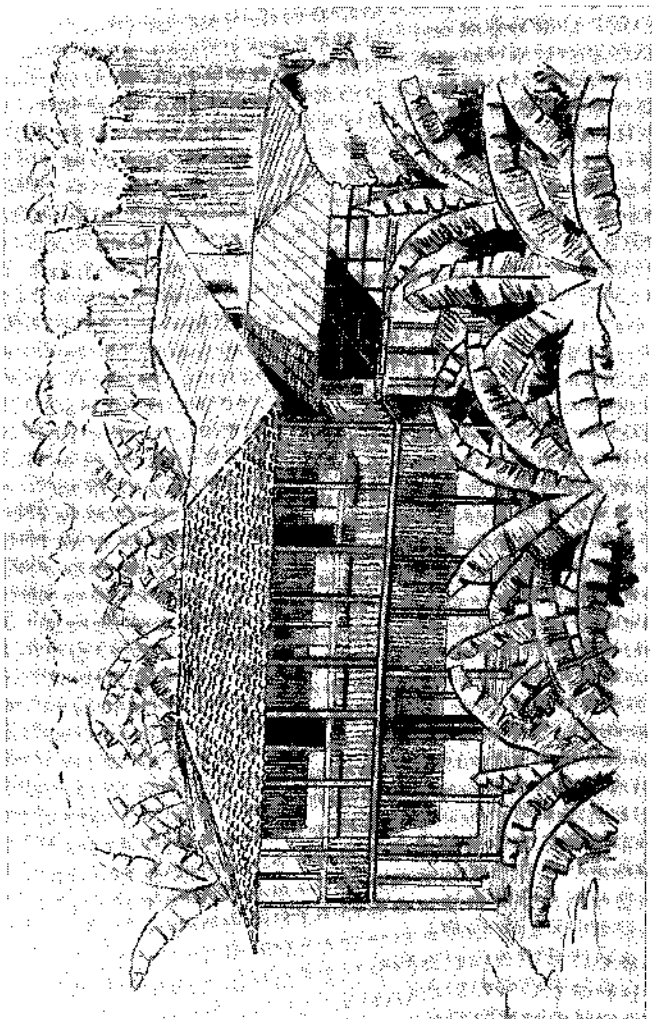
Allí vivía un niño de una familia de arrieros, que no se cansaba de escuchar en las noches sin luz eléctrica, pero sí con luces de velas, de lámparas de aceite o simplemente del fogón de leña, las historias de su padre y de sus tíos.

Le hablaban de las mulas que poseían, mencionando a cada una por su nombre, contándole cuáles eran sus resabios y sus virtudes.

-La Granadilla, ¡qué mulaza!

-Papá, ¿a quién se la compraste?

-A una pobre viuda de Jericó. Se la pagué muy bien como por ayudarle, pero realmente ese animal no tiene precio.



Cómo únicamente sus paredes eran blancas, mientras que todas las puertas y sus corredores eran color naranja, las gentes le decían la casa anaranjada.

-Y la viuda, ¿por qué la vendería?

-Su esposo era arriero como yo. La creciente de una quebrada lo arrastró y el pobre hombre se ahogó. Su cuerpo fue rescatado porque la mula lo siguió desde la orilla hasta un cercado en que se atrancó. Al ver la bestia parada en la ribera, todos empezaron a buscar al arriero.

-¡Qué nobleza! Y, la Patoja, ¿qué tal es?

-Sobrino, nosotros queremos bien y cuidamos mucho estos animales, pero la Patoja es torpe y hay que abrirle mucho el ojo para que no arrastre con su carga todo lo que se encuentre por el camino.

Un día no quería llevar un equipaje que le acomodamos. Comenzó a sacudirse por todo el camino hasta que se le ladeó la enjalma. Del susto se fue por una ladera abajo y mientras la rescatábamos, se nos alborotó toda la manada. Nos provocaba dejarla tirada.

-¿Y la Colorada?

-¡Esa!... si no la arriamos se nos va quedando, es lo más sonso del mundo.

-La Esmeralda, ¿también es así?

-No, esa es la mejor mula que se ha visto por estos contornos... Le relataban también sus alegrías y sus chascos.

-¡Ah! ¡sí!, llevar como nos ha tocado -le decía el mayor de sus tíos- una carga con una vajilla de porcelana y espejos venidos de Francia, desde Pereira hasta Medellín, entregándola en perfecto estado; es una cosa que no hace cualquiera.

-Pues, a mí me tocó cuando papá le entregó una vajilla así a una señora muy distinguida de Anserma. Ella se puso tan contenta al



¿Cómo hacen mi papá y mis tíos para manejar una recua de 20 mulas?

verla que me regaló unos chocolates de lujo. Todavía guardo los papeles dorados en que estaban envueltos y la caja que tiene pintado un cuadro de una princesa que va en una carroza de cristal, tirada por caballos blancos. La maestra de la escuela me habló de ese cuento de hadas...

-¿Cómo hacen papá y mis dos tíos para controlar veinte mulas?

-No hay que preocuparse, perro viejo late echado. Gracias a la experiencia podemos hacerlo. Pero se pasa por unas...

-Claro, le decía su tío menor, que no todo sale bien. Cuando comencé con este trabajo me tocó llevar un vino de consagrar hasta Fredonia. Era época de invierno y en el cruce del Cauca, el río se me llevó el animal que estaba cargado con dos toneles. No sabes la tristeza que me dio. Yo miraba el río cada vez más correntoso y me sentía como una pulga. Pero me puse a pensar que mi Dios es más grande que ese río, y afortunadamente nada he perdido que después no haya podido recuperar.

-Mijo, pero a “Macuenco” se la ganó esa vez el río porque estaba distraído.

¿Quién es “Macuenco”?

-Pues, tu tío, le decimos así por lo fuerte. El es el “sangrero”, el que nos maneja el rancho, el que carga y descarga las bestias. El que hace sonar la trompeta por el camino para avisar el peligro.

-Y para que lo sepas -agregaba el otro tío- cuando a las mulas se les hunden las patas en el barro y empiezan a temblarles por la fuerza que hacen para poder sacarlas, “Macuenco” coge una gruesa vara de guayabo y sin quitarles la carga, hace palanca y las

va levantando. Así lleven un peso de diez arrobas. Eso no lo hace sino este hombre.

El niño miraba con gran admiración a un tío que tenía la fuerza de Sansón, el de la Historia Sagrada, y éste lo miraba con cariño y algo ruborizado. Decía:

-¿Te das cuenta cómo son de exagerados?

La madre del niño que los escuchaba mientras les preparaba la merienda, les fue acercando a cada uno una taza de aguapanela con leche y un plato con arepas redondas de maíz colorado y bien untadas de mantequilla, hablándoles:

-Aliméntense bien que para eso trabajan...

-Mija, le decía su marido, pero la que no se cansa es usted. Qué bendición tenerla.

Luego, la sentaba a su lado y todos conformaban una rueda de afectos irradiada de alegres sonrisas.

Después de la merienda, la señora los convidaba a rezar y se iban a dormir.

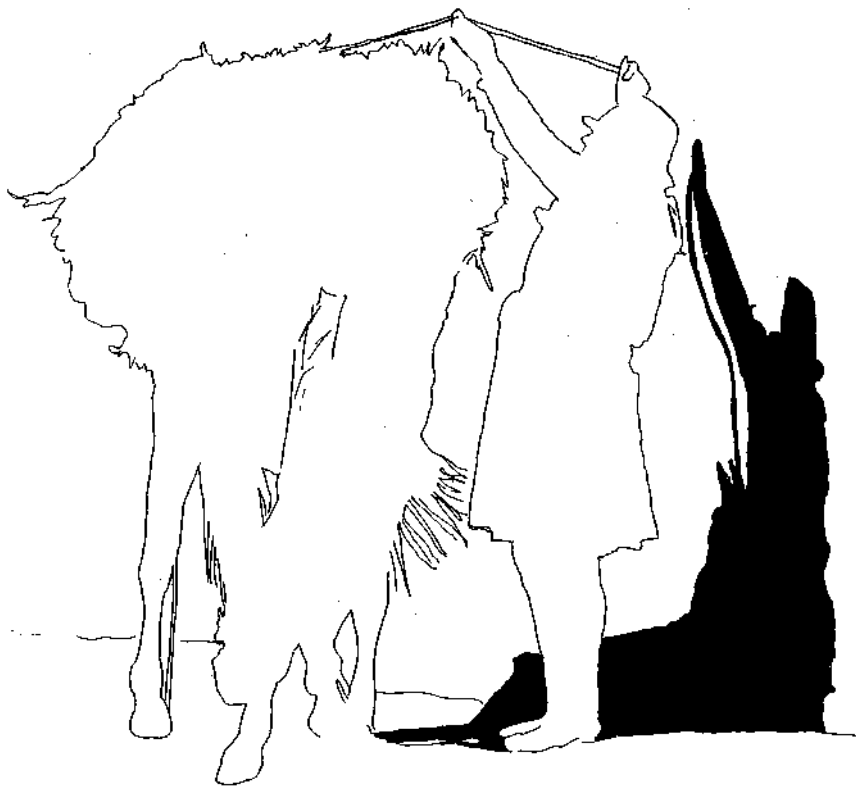
Al calor de la prosa

Las veladas no dejaban de repetirse y los temas no se agotaban.

-¡Ah! sobrino cuando veas las noches estrelladas del Cauca, pensarás que más belleza es imposible. Uno se queda tranquilo y alegre de estar ahí. Si nos ponemos a charlar, no puede haber una conversación mejor alumbrada que esa.

-Y qué decir mijo de los atardeceres con el sol de los venados por estas cordilleras. Todo se vuelve de oro: las montañas, los caminos, las mulas, las cargas, las quebradas, todo. Hasta los pensamientos. Así, sí vale la pena andar. Cuando se escuchan las campanas de las Iglesias y uno se detiene para rezar el “angelus”, se siente como si el Angel hubiera venido a que le rezaran y que por eso el sol alumbraba tan bonito.

-Yo ví un águila real que salía del pico de Santa Ana: era blanca por debajo y negra por encima -contaba “**Macuenco**”-, uno se quedaba mudo viendo semejante maravilla. Volaba mirando fijamente el sol y de repente soltó un aguilucho que empezó a volar también. Es la reina de las aves y anida en unas cumbres tan elevadas que allí solamente llegan los que sean capaces de volar como ella. A ver si puedes.



El es el "Sangrero" el que nos maneja el rancho, el que carga y descarga las bestias. El que hace sonar la trompeta por el camino para avisar el peligro.

-Pájaros conozco muchos y muy bonitos, pero nunca he visto un águila. ¿Cuándo me llevas para mostrármela?

La madre de repente interrumpía:

-Ya es hora de que este muchacho se acueste para que no pierda la escuela. Mañana podrán conversar más...

-Ya que hablamos de animales, el niño no ha visto una piel tan bella como la de un jaguar.

-Pero tío, esa fiera acaba con una res en segundos.

-¡Claro!, es la más temible de las fieras que hay en el monte y un verdadero dolor de cabeza para los que crían ganado. Como también para los arrieros cuando nos coge la noche en los lugares por donde anda cebada. Pero el animal es hermoso.

-Menos mal que por estas partes altas no se deja ver.

-Hijo, vete a dormir.

-Buenas noches a todos y la bendición papá, la bendición mamá.

Otras noches conversaban sobre la vida de los santos, las lecciones de valor que daban las gentes y hasta los animales, sin que faltaran los asombrosos cuentos de brujas y espantos.

-Algo muy horrible pasó en el pueblo.

Hace siglos, unos hidalgos se dejaron enredar con una mujer de mala vida.

El 4 de diciembre, día de la fiesta de Santa Bárbara, el Padre organizó una gran procesión en honra de la Santa. La mala mujer quedó envidiosa y exigió que sus admiradores le hicieran otra a ella y, para darle gusto, así lo hicieron.

La subieron en unas andas vestida como la virgen y mártir romana: con túnica, sandalias y llevando una palma en la mano. Fue tan grande el escándalo que se desató una fuerte tormenta y

parecía que todos los rayos de los que Santa Bárbara había protegido al pueblo, se hubieran venido contra él.

En la casa donde vivía la mujer formaron un cráter inmenso que con el aguacero se inundó dejándola sumergida a ella y a sus cómplices. Así se formó el lago que en ese lugar hasta hoy existe y dicen que de él se asoma una horrible serpiente, que es capaz de arrastrar hasta sus profundidades al infeliz que se deje coger.

El Padre, para reparar la ofensa, se quiso llevar la imagen de la Santa del pueblo; pero ella no se dejó sacar. Se puso pesada justo a la salida y no hubo quien pudiera levantarla.

Aquí todos la queremos harto porque no quiso abandonarnos y nos ha salvado de muchas.

Papá, cuando uno va a la Iglesia y la ve en el altar, a uno se le quita el miedo de morir. En esa Iglesia todo es limpio, bien hecho, debe ser que ella la cuida.

-Hijo, desde que Dios no nos falte, no importa lo que pase.

-Y la serpiente, ¿a quién se ha llevado?

-Eso es a la gente que quiere ser mala. A los demás, Santa Bárbara los cuida.

-¿Es verdad qué hay brujas y espantos?

-Dicen que no hay que creer en ellos, pero que los hay, los hay.

Sin embargo, el que está en paz con Dios no debe temerle a nada.

-“**Macuenco**”, ¿qué ha pasado con brujas y espantos?

-Dicen que las brujas y los brujos son mujeres y hombres que hacen pactos con el diablo, para hacerle maldades a la gente y también por el interés de ganar plata o posición social. Y que los espantos son almas en pena o seres raros como la Patasola, el Molhan y la Llorona, que más parecen demonios.

-Y ¿qué hacen?

-Por lo regular asustan y hacen perder a la gente. Pero cuando son almas en pena piden oraciones y muestran dónde dejaron enterrados sus bienes, cuando es por esta causa que penan en el purgatorio.

-“**Macuenco**”, yo conozco gente que se ha sacado entierros con mucho oro y ha quedado rica. Un señor de la vereda de Juan Pérez bajaba del pueblo para su finca en las horas de la noche, vio una lucecita, se bajó del caballo y empezó a rezar:

“Magnificat ánima méa Dóminum. Ex exsultávit spíritus méus in Déo salutári méo. Quia respéxit humilitátem ancíllae súae: ecce enim ex hoc beátam me dicent omnes generatiónes”.

La pequeña luz empezó a moverse y allí donde ésta paró, dejó tirado el pañuelo. Se fue hasta su casa, regresó y cavó en el lugar marcado. Ya llevaba como una hora boliando pala cuando sintió algo como una vasija de barro, siguió escarbando con mañita, extrajo una olleta llena de morrocotas y quedó riquísimo.

-Tío, ¿cómo lo supiste?

-El mismo me lo contó. Pero no ha sido el único, en la finca La Marquesa se oían por las noches ruidos como de cadenas arrastradas y nadie pudo saber lo que era en mucho tiempo. Un buen día, a uno de sus dueños se le metió un ternero por debajo de la casa y al entrar a sacarlo vio un cajón medio enterrado, lo extrajo, lo destapó y se quedó encandilado por la cantidad de monedas de oro que contenía.

Otros se han soñado con el difunto, quien les pide que rescaten el tesoro que está en tal lugar o directamente se les aparece señalándoles el sitio en que se encuentra.



Ya llevaba como una hora boliando pala cuando sintió algo como una vasija de barro, siguió escarbando con mañita, extrajo una olleta llena de morrocotas y quedó riquísimo.

La Partida

El niño, después de cada sesión, quería acompañarlos en la próxima partida.

-Bueno papá, ya tengo ocho años y no estoy tan chiquito. ¿Por qué no me lleva cuando haya vacaciones en la escuela?

-Está bien, pero dígle a su mamá que le mande a hacer ropa de arriero.

Llegadas las vacaciones, su padre aprovechó para que lo acompañara en un viaje de Pereira a Medellín. Salió de su casa luciendo orgulloso las prendas del arriero: poncho, mulera y ruana terciadas, cinturón, carriel, tapapinche, cotizas y zurriago.

Pasó poco tiempo y todos se olvidaron de su nombre, por empezar a llamarlo “el arrierito”.

Ufano, como ninguno, seguía el ritmo de la marcha de los hombres y de la recua.

Con las mejillas enrojecidas y el rostro surcado por hilitos de sudor, no cesaba de dar órdenes a los animales y de llamar la atención de sus acompañantes, sobre el mundo maravilloso que los caminos le abrían a sus ojos.

Se admiraba con el colorido de los pájaros, gracias a los plumajes con los que engalanaban su trayectoria en el espacio, con sus

cantos, su inagotable variedad. Con las flores que tapizaban el camino y la infinidad de mariposas que por allí revoloteaban. Con la fuerza de las mulas y la pericia de los hombres. Con las cumbres de la cordillera que le permitían ver las hermosas extensiones de los valles del Cauca y del Risaralda, cuando no las aguas encañonadas, turbulentas y espumosas de esos ríos. Con los pintorescos poblados que ostentaban en sus plazas, iglesias de torres gigantescas y que eran municipios que se llamaban a veces como sus santos: Santa Ana, San Joaquín, San José, San Gerardo, San Isidro, que estaban puestos a horcajadas en la cordillera de todos los santos, antes de llegar a Belalcázar, Beltrán, Marsella y Pereira.

Desde luego no dejaba de comentarlo:

-Lo que son la Iglesia, la casa de la señora que me regaló los chocolates y la cordillera, me ponen muy contento.

-Desde que yo estaba chiquito he sentido lo mismo. ¡Para qué más!

-Sí señor, cuando miré una mariposa de esas que se ven al llegar a los picos, azules y que parecen alumbrar, me acordé del prendedor de esa señora importante de Anserma.

-Me parece que la montaña es como ella elegante y buena persona, es de muy buena familia y su prendedor es una mariposa de oro y de nácar. Es una señora muy fina.

-Su casa es muy bonita.

-Me acuerdo: uno pasa un zaguán amplio y limpio como todo lo que hay allí. Al mugre como que le da pena asomarse por ahí. Después, cuando abren el contraportón se asoma uno a un jardín con azaleas, lirios, geranios, rosas, orquídeas y muchas flores

lindas y raras, todo muy bien tenido; rodeado por los corredores con sus chambranas y las piezas repartidas a los lados de los pasillos...

Y las paredes bien blancas, como si la tapia y la cal hubieran acabado de ponerse, las maderas del corredor y las puertas como si estuvieran recién pintadas. Por eso te dije que fueras bien limpio como se está el domingo para ir a la misa.

-Esos nidos para sentarse la gente a conversar en los corredores, con esos tejidos tan bonitos, que tienen pintadas flores, mariposas y hojas de las que se ven en la montaña... Yo le conté a mamá y me dijo que iba a llevarle de regalo a la señora unas arepas de “chócolo” para ir a verlos.

-Ahí están pintadas las señoras. Ya ví para que me está encargando una tela...

-¿Cuándo me enseñas a pescar en el río?

-En La Pintada paramos y pescamos. También podemos nadar un rato.

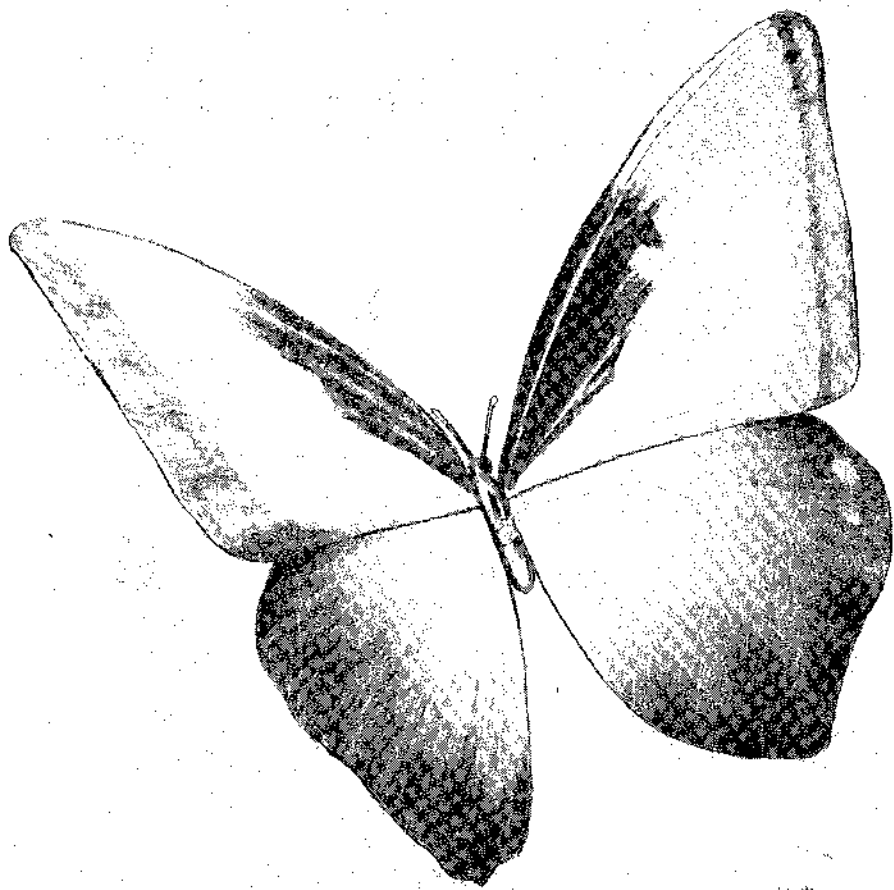
No dejaba, desde luego, de pasar sus buenos sustos en los pasos difíciles, cuando el trayecto era una delgada lengua de terreno entre dos profundos abismos. Entonces, se agarraba de la cola de La Esmeralda hasta sentirse fuera de peligro.

-Se necesita ser muy guapo para pasar por aquí en pleno invierno.

-Uno hasta aprende a dejar resbalarse con la recua en medio de los abismos, le decía su tío mayor, pero no siempre vale la pena arriesgarse. No hay derecho a ser bobo. Tiene que ser por necesidad.

-¿Alguno se ha rodado por aquí?

-Sí, no faltan los accidentes, esas cruces que ves a la orilla del ca-



... Cuando miré una mariposa de esas que se ven al llegar a los picos, azules y que parecen alumbrar, me acordé del prendedor de esa señora importante de Anserma.

mino los recuerdan. Por eso hay que andar con cuidado y no permitir que las preocupaciones a uno lo distraigan más de la cuenta.

-¿Será que si alguno se cae podrán rescatarlo?

-Después de muchos trabajos. Algunas veces es la presencia de los gallinazos la que avisa cuando una persona se ha caído hace varios días.

-¿No hay manera de pasar por otro lado?

-Dios quiera que la encontremos.

-Pero el camino trae más de una sorpresa...

-¿Cómo así “**Macuenco**”?

-Don Leopoldo Orozco que colonizó muchas tierras iba ladera arriba, desde Alsacia hasta la cuchilla, para luego bajar a su finca La India a orillas del Cauca; y que mi hermano le cuente el resto...

-Sí... Sobrino, él iba montado en un mulo llamado “Efraín”, de repente se escuchó el crujido de un árbol y cuando su hijo don Enrique que lo acompañaba volvió a mirar, se encontró con su padre gimiendo debajo de semejante tronco cargado de gruesas ramas. El golpe fue tan duro que el mulo quedó absolutamente descaderado y don Leopoldo, apenas pudo ser sacado, sentía grandes dolores con solo que lo tocaran.

Sus familiares de Anserma se fueron a buscarlo con el doctor Camargo y el Padre Tobón, pero el médico apenas lo examinó dijo: “no hay que moverlo... en 15 minutos morirá”.

Bajaron su cuerpo en una camilla y los moradores de Anserma se fueron a esperar a Alsacia para acompañarlo hasta el pueblo, ya metido en una ataúd, con gran pesar.

El doctor Camargo hizo un discurso para despedirlo en el cementerio y decía que era la venganza de la selva contra el colono que había descuajado tanto árbol.

Como vez, la muerte del arriero llega de cualquier parte.

Una extraña carga

Recogidas las encomiendas en Pereira, se devolvieron de nuevo por Anserma, para luego seguir a Sanclemente, Riosucio, Supía, Caramanta, Valparaíso, La Pintada, Santa Bárbara, Caldas y finalmente Medellín.

La carga era particularmente difícil de transportar, se trataba de unas piezas metálicas, cuyo peso tenía que soportarse entre dos mulas, mediante un sistema llamado de turegas.

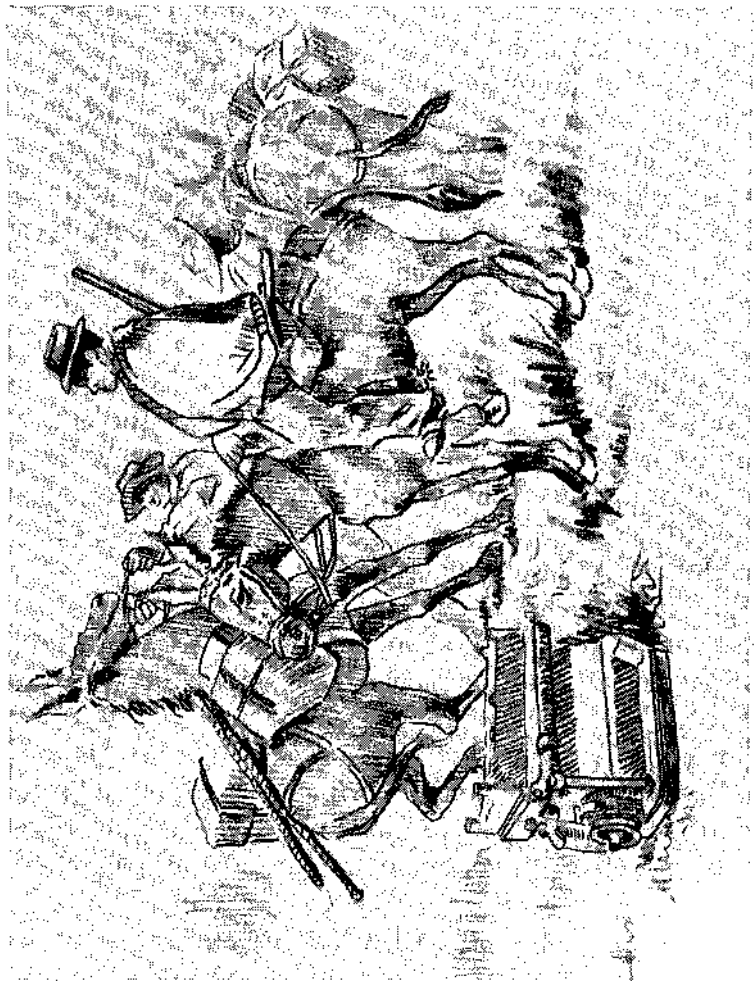
Esas piezas, les explicaron, eran las de un gigantesco aparato que se desplazaba sobre cuatro llantas de caucho macizo y por sí solo era capaz con todo y más de lo que las muchas mulas podían. Para manejarlo bastaba apenas con una persona.

Cuando decían esto a su paso por las fondas y los poblados, las gentes que los escuchaban eran sobrecogidas por una sorpresa inmensa.

-¡Eh! Ese cuento que se lo echen a otro. Mi Dios para algo hizo las mulas.

-¡Hombre!, pero también le dio inteligencia a la gente para que inventara cosas.

-¡Noo!, pero ¿cuál es el afán de que un aparato reemplace a todas las mulas que Dios crió?



Esas piezas, les explicaron, eran las de un gigantesco aparato que se desplazaba entre cuatro llantas de caucho macizo y por sí solo era capaz con todo y más de lo que las muchas mulas podían.

-A mí, sí me gustaría ver ese armatoste pasando por aquí.

El arrierito entre más lo oía, más se preocupaba.

-“**Macuenco**”, ¿será qué se va a acabar nuestro oficio?

-Arrierito, tal vez sí se acaba el mundo.

-Pero, ¿esa máquina?

-Yo no creo que sea como dicen, la gente exagera. Si da lidia sacar una mula atascada, ¿cómo será con una caja que tiene la carga de todas?

-Siento algo raro con esa carga.

-No hay que afanarse. Para que ocurra lo que dicen, habría que voltiar el mundo al revés: las mulas sobrarían, los arrieros sobraríamos, las fondas, las pesebreras y las posadas también.

Sería una cosa tan grave que es imposible que suceda. ¿Desde cuándo el hombre ha podido vivir sin estas cosas?

-Sí, no puede ser...

-Vea muchacho, esa es la quebrada de Lázaro.

-¿Por qué le dicen así?

-Un señor muy elegante y de buena posición social se dio cuenta que tenía una mancha en la pierna, buscó al médico y resultó con lepra.

Como no quería irse hasta Agua de Dios, ni contagiar a nadie, decidió hacer una enramada a la orilla de esta quebrada. Aquí vivió y murió solo. Por eso el nombre de Lázaro, pues los hermanos de San Lázaro son los que cuidan a los que tienen esa enfermedad.

Por si fuera poco, la hermana del pobre enfermo también fue abandonada por su marido, quien desconfió que la enfermedad fuera un mal de familia y tenía miedo que se la pegaran.

-¡Pobre gente!

-Uno debe moverse, pero también agradecer lo poco que tiene. Más aún, viendo a los que sufren. Muchas gentes caritativas venían a dejarle regalos y comida al enfermo, pero también otros que habían sido sus amigos lo abandonaron. Cada que paso por este lugar, recuerdo lo que aquí ocurrió y a quien no sepa se lo cuento. Es la vida.

El mercado

Un día, a la altura de Riosucio, mientras se tomaba un vaso de sirope para calmar la sed y miraba hacia el majestuoso cerro del Ingrumá; resolvió soltar el látigo de su zurriago y se puso a jugar haciéndolo zumbear en el aire. “**Macuenco**” empezó a apostarle al que más duro lo hiciera sonar y le prometió que cuando pasaran por el pueblo, le compraría unos corozos.

Mientras rasgaban el aire con el látigo, le comentaba que el Ingrumá era una gran piedra y que el nombre en cristiano significaba roca dura, que a las gentes del lugar les gustaba subirse hasta el pico, para ver desde allí todos los alrededores, y que debía ser un paseo muy bueno.

El arrierito le mostró unos guaduales que había en la hondonada, antes de la cordillera treparse hasta el Ingrumá:

-Esas guaduas parecen plumas gigantes.

Realmente parecía que abanicaban el inmenso cerro con su movimiento y “**Macuenco**” le contó:

-La guadua la cuidamos mucho porque una finca sin guadua no vale nada. Es como si no tuviera agua.

-¿Por qué?

-Ella nos sirve para hacer las casas, las bancas, las camillas, los

cercos, las canoas para alimentar a los animales y llevar el agua desde los nacimientos hasta los ranchos, los arcos en las procesiones, para montar los gallineros, para todo.

-Hasta mamá guarda la sal en cocos de guadua.

-Las señoras hacen muchos adornos con ella.

-¿Cómo es Riosucio?

-En Riosucio se juntaron dos pueblos que no se querían: La Montaña y Quiebralomo, uno de indios y otro de mestizos; porque el Padre Bonafont y el Padre Bueno los convencieron para que todos quedaran cerquita de la Iglesia.

-Y por eso creció.

-Como las minas de oro y de plata abundan por estos lugares de Riosucio, Marmato y Supía, fueron llegando del Africa negros y de Europa alemanes e ingleses, que con las familias caucanas que gobernaban el lugar y los antioqueños que se venían por Caramanta, le fueron dando mucha vida a la región.

-¿Por qué conoces tanto ese pueblo?

-Allí nos quieren mucho y nos confían el oro por bultos para que lo arrimemos hasta Medellín y nunca se nos ha perdido un gramo siquiera.

-Parece que de ahí a Medellín es donde comienza lo duro.

-De aquí a Supía es suave. Pasamos por un lado de Marmato a donde ya viven muchos negros, ingleses y alemanes, porque ese pueblo es la mata de las minas. Yo creo que por lo menos deben haber mil.

-¿Y de Supía?

-Ahí sí empieza lo templado. Entre Caramanta y La Pintada, fuera del camino real, todo es selva.

Llegados al pueblo pasaron por la plaza principal que estaba activa como nunca, por ser el día de mercado.

En las calles cercanas al lugar aparecían los mendigos sentados en los andenes.

-Tío, le decía al hermano mayor de su padre, los limosneros sufren mucho. Unos con sus llagas, otros con la ceguera, otros son tullidos.

-Nadie está libre de una desgracia en la vida.

-¿Me regalas una moneda para ayudarles?

-Claro, hay que darles algo por amor a Dios. Pero mírelos a los ojos, son muy serenos. Ellos tienen un tesoro que nadie más tiene, es el de la resignación.

-Pero sufren mucho.

-Sabén sufrir y este es un don que hay que pedirle al cielo. Mire también como a pesar de sus desgracias, no dejan de ser unos reyes venidos a menos, porque todo el universo funciona a favor de ellos como de nosotros. Ellos tienen el aire para respirar, el agua para beber, el espectáculo del firmamento, disfrutan de los sentidos, tienen entendederas, el mendrugo de pan que mastican viene de la semilla de trigo que el labrador sembró en el surco, el molinero trituró, el comerciante vendió y el panadero amasó.

-¡Cómo es bueno saber esas cosas!

Desde arriba se iban viendo los toldos de lienzo que cubrían las mesas de los vendedores, como si una bandada de gigantescas aves blancas se posara sobre el lugar.

El alborozo era general, uno golpeaba un plato de loza contra otro, un pocillo contra otro, una taza contra otra, para demostrar -ante el entretenido público- la buena calidad de las piezas de

la vajilla que les ofrecía.

-No por cien, ni por cincuenta, ni por veinticinco, ni por doce, sino por míseros seis pesos. ¿Quién dijo doce? ¡Llévela por seis! Pero el rey de los corrillos era aquel donde hablaba el culebrero:

-Mi vida en las selvas del Chocó y del Amazonas con los indios, me sirvió para aprenderles sus secretos. En las plazas de cinco naciones ya los he contado. Cuando de este baúl salga la cascabel y me clave sus colmillos en las venas, verán que no es inútil mi sabiduría. Gracias a esta pomadita su veneno no me hará ningún mal. ¿Y cuánto cuesta? Todos pensarán que no tendrán cómo comprarla. Dirán que cien, que cincuenta, que veinticinco, que doce, que regalada no puede ser. Por el bien de la humanidad les estoy cobrando apenas el precio de la cajita. Llévenla por un miserable centavo que ni enriquece ni empobrece a nadie...

Primero estaban dispuestos los toldos de los carniceros, que con sus ensangrentados delantales de liencillo blanco y su corpulenta presencia, inspiraban mucha simpatía por la buena voluntad que lidiaban con los gustos de sus clientes.

-Sáqueme este gordo de ahí, no me dé esta costilla tan huesuda, hágame una rebajita.

También les ofrecían las mejores partes.

-Aproveche que este tocino no lo consigue mejor, vea este lomito. Lleve esta chunchurria de ñapa para su casa.

Además, partían contra un tronco los huesos como si fueran de cera y cortaban las carnes del cerdo o de la res como si fueran de mantequilla.

También tenían su sitio los revuelteros, los vendedores de gra-

nos, de verduras, de ropa, las mesas de las sancocheras y de las relleneras.

Aprovecharon su paso por la plaza para mercar. Partían la yuca para ver si estaba bien blanquita por dentro, le clavaban la uña a la carne para cerciorarse de que estaba pulpa, se fijaban con atención en que el grano no estuviera gorgojiado y regateaban los precios para conseguir los mayores descuentos posibles.

La señora del granero, al ver al niño, le regaló cuatro casas de corozos.

Una casa la forman cuatro corozos, tres en la base y uno encima de éstos. Así es como se colocan cuando se va a jugar.

-Este es el arriero más hermoso que he visto.

¿En qué año de escuela va?

-Misiá Raquel, en quinto de primaria. Aprovechamos las vacaciones para traerlo a pasear.

-¿Y si se maneja bien?

-Ese ya es todo un hombre.

-Se le ve bien serio y es bien formal.

-Ahí lo tiene a sus órdenes.

Se sentaron después a comerse un sancocho. La sancochera con unos brazos tan gordos que parecían unas piernas, regalaba salud y buen genio. Su sonrisa estaba decorada con varios dientes hechos en puro oro.

Desde luego, no pasó por alto la presencia del muchacho.

-¡Qué petacón tan hermoso!

-Cómo le va doña Rosalba, le respondía el padre. Usted no se cansa de mimar a la gente. ¿Qué tal el sancocho?

-Hoy está delicioso, ponga cuidado que este muchacho no va a dejar ni el plato. Está con carne de cerdo, de res, chorizo, plátano, yuca, papa y calambombo. Mejor, no lo consigue en ninguna parte.

La Tolda

Siguieron el camino almorzados, estando ya cerca de Supía descansaron a la sombra de una ceiba y no se aguantaron las ganas de comenzar a jugar corozos.

-Jugamos por casas o jugamos al cuadro, preguntaba “Macuen-co”.

-Una y una, tío.

-Empecemos por el cuadro casando de a cinco por cabeza.

-Está bien.

-Con hoguis o sin hoguis.

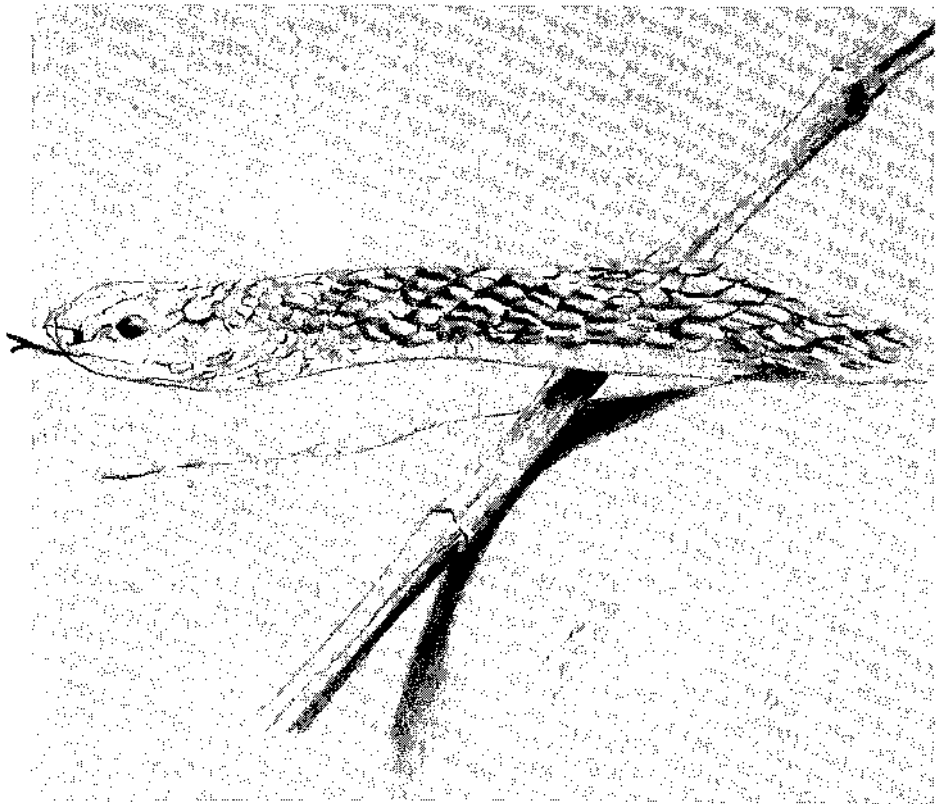
-Con hoguis.

Esta condición significa que si el corozo con que tiran para sacar los que están dentro del cuadro se queda en éste, la partida la pierde el dueño del tirador. Cuando esta condición no se pacta, entonces opera el saquis, o sea que el otro lo puede sacar sin quedarse ahogado.

-Con limpies o sin limpies.

-Con limpies.

Para este caso si el tirador queda en terreno incómodo se puede limpiar el terreno o disparar desde un lugar a la misma distancia.



De repente, miró para una piedra y allí una mapaná levantaba su cabeza y hacía danzar la Y de su lengua.

-Con desquites o sin desquites.

-Con desquites.

Esto significa que al perdedor hay que darle revancha.

Pactadas todas las condiciones la partida del cuadro se jugó y “**Macuenco**” llevó la peor parte, porque él no contaba con los recreos que al arrierito le daban en la escuela para vivir más entrenado.

Después vino el juego a las casas.

-¿A cuántas?

-A cinco por cabeza.

-¿Con derecho a todas si se tumba el corozo de encima?

-Sí

-¿Con derecho a seguir tirando si se tumba?

-Sí

Sobra decir que “**Macuenco**” volvió a perder; pero muy contento con la pericia de su sobrino le dijo:

-Espere que arrieros somos y en el camino nos encontramos, después jugamos otra.

Sin dar muestras de esforzarse fue triturando un corozo, presionándolo entre los dedos índice y pulgar, ofreciéndole la pepa al arrierito para que se la comiera. El arrierito, asombrado, trató de hacer lo mismo pero no pudo.

-Tranquilo, que cuando crezca va a poder.

-Esa no creo que la haga cualquiera, porque yo también he visto gente grande machucando corozos pero con piedras y no con los dedos.

Se pusieron a reírse.

Yendo de Supía a Caramanta, tuvieron la grata sorpresa de encontrarse con una ladera vestida de guayacanes floridos. Ni las hadas de los cuentos habían visitado un bosque tan maravilloso, las flores caían de los árboles a la manera de una suave y perfumada lluvia. El camino era de pétalos dorados, rojos y azules, el aire era fresco y las exclamaciones no paraban. Ningún artista lograría pintar un cuadro tan excelente, por más que le dieran permiso para entrar en el paraíso terrenal.

Después venía la intensa subida a Caramanta. Era necesario tolar cerca de una quebrada antes que los cogiera la noche. El “sangrero” no sólo velaba por la carga sino también por la comida, claro que nadie se quedaba manicruzado, todos querían ayudar y que las cosas salieran bien. Al anochecer, reunidos en torno al fuego y con las tiendas montadas, las cuerdas del tiple rasgaban el silencio. La letra de un bambuco por ellas se entonaba y la arriería se volvía de música y de lumbre.

La presencia claro-oscuro de las figuras espigadas y los rostros aguileños de los arrieros, se transfiguraba entre las llamas y las melodías.

-Bueno mijo, tu tío mayor es el puntero, “Macuenco” acompaña y yo canto. Empecemos por “La ruana”.

*La capa del viejo hidalgo
se rompe para ser ruana,
y cuatro rayas confunden
el castillo y la cabaña,
es fundadora de pueblos
con el tiple y con el hacha,*

*y con el perro andariego
que se tragó las montañas.
Abrigo del macho macho
cobija de cuna paísa
sombra fiel de los abuelos
y tesoro de la patria...*

-Ahora recordemos la casa que jamás abandonaremos:

*Ya no vive nadie en ella,
y a la orilla del camino
silenciosa está la casa.
Se diría que sus puertas
las cerraron para siempre;
que cerraron para siempre sus ventanas.
Gime el viento en los aleros
desmoronánse las tapias,
y en sus puertas cabecean
combatidas por el viento las acacias...*

-En esta canción se canta la unión que yo tengo con su mamá para que nunca la olvidemos y siempre seamos agradecidos con ella:

*Un cisne más blanco que un copo de nieve
en un limpio lago tenía su mansión,
allí muy tranquilo pasaba los días,
allí no sentía penas ni dolor.
El cisne se encuentra demasiado solo,*

*y siente en su pecho hervir la pasión,
en una bandada de cisnes muy blancos
encontró la dueña de su corazón...*

Antes de acostarse se dividían en turnos para cuidar la tolda y escopeta en mano vigilaban.

Al día siguiente mientras hacían los preparativos para reemprender la marcha, “**Macuenco**” le enseñaba al arrierito a hacer el nudo de encomienda, le contaba cómo la cabuya la extraían de una penca y no solamente les servía para sacar lazos, sino también para sus enjalmas, costales, para hacer el hisopo y pintar con cal sus casas, para sus alpargatas, tapices, hamacas, “**jíqueras**” y “**líchigos**”.

-También para las cometas y los muñecos, agregaba el niño.

-Ves y todo sale de una penca. Ellas son como los mal geniados: llenas de espinas, pero muchas veces guardan tesoros. Por eso lo mejor es tener paciencia con la gente y con los animales. La Azafra es así mal geniada, pero buena mula.

-Muchos cercan con alambre de púas, nosotros lo hacemos con cabuya de púas porque esa penca es la guardiana natural de los predios, cuando se cultiva en torno a sus linderos.

-Y con sus hojas machucadas hasta nos cicatriza las heridas. Te voy a contar más cosas. Me acordé que un arriero de La Estrella nos dijo que a La Chinca, cuando hubo el milagro en Chiquinquirá hace muchos años, la colgaban con una buena cabuya y que una de las pruebas de la aparición de la Virgen era que la cabuya estaba intacta y el cuadro se había descolgado por sí solo.

También supe por un misionero mejicano que la Virgen de Guadalupe se estampó en una especie de poncho largo que usan por esas tierras y que es hecho de pura cabuya. Hágase de cuenta una ruana larga que en lugar de lana se hace con costal. Y esto también prueba el milagro, pues lleva siglos sin dañarse.

Como ves por más que chuce la penca, presta sus buenos servicios.

Es que me estoy acordando de Luis un sastre mal geniado que hay en Anserma.

-¿Qué le pasó a don Luis?

-Pues que vive echando humo, más que la plancha que le pone al trapo mojado para desarrugar el paño. Cuando uno llega ya lo está mirando mal, con una mano puesta en la plancha y con la otra acariciando la tela. Lo mira a uno con dureza por debajo de las gafas diciendo: ya viniste a hacerme perder tiempo. Uno le dice: no don Luis, es que necesito un pantalón. El responde: está bien, pero no me haga perder el trabajo de tomarle las medidas, dígame con cual corte y págume la mitad. Uno le escoge el corte, le paga la mitad, él toma las medidas y todavía mirando golpeado agrega: para mañana lo tiene listo, no me haga perder la hechura, ni me venga a pedir que le fíe el resto. Pero eso sí, él cumple y hace un trabajo muy bueno. Y a la hora de la verdad si alguno necesita que le dé plazo, termina haciéndole ese favor. En cambio hay unos sastres todos formales que nunca cumplen ni años.

-Yo a don Luis le tenía miedo, pero estoy viendo que no es mala persona. ¡Qué señor tan bravo! Ahora me iré a lavar los trastos a la quebrada.

El arrierito lavaba las ollas, los cubiertos y la loza en la quebrada de Arquía y se alegraba de ver las sardinas y las sabaletas que se paseaban por el agua, como por dentro de un diamante, bellamente rabricoloradas. Se acordaba de las que tenía en un porrón de vidrio en su casa y de la mata de agua que allí les había puesto para que no se murieran de hambre, pero sintió pesar de no poder coger las que veía porque no iban a ser capaz de aguantar un viaje tan largo. De repente, miró para una piedra y allí una mapaná levantaba su cabeza y hacía danzar la Y de su lengua. Sin saber cómo, apareció en el lugar de la tolda no pudiendo modular una sola palabra. Su padre y sus tíos se dieron cuenta que el susto era bien grande.

-¡Qué te paso hombre!

-¡Una mapaná!

-¿Cómo? ¿Dónde?

-En la orilla de la quebrada. Tuve que dejar todos los trastos.

-Quédese aquí tranquilo que yo voy por ellos, le dijo **“Macuen-co”**.

Al rato regresó con el animal muerto colgado de la punta de una horqueta.

-La única manera de matarlas es cortándoles la cabeza. Si uno se deja morder, es en cuestión de segundos que el veneno de la serpiente lo mata. Y si no es capaz de matarla es mejor salir corriendo, como te acaba de pasar.

-¡Claro! Yo no me iba dejar coger de semejante animal tan peligroso.

Después se pusieron a darle vueltas con el palo al cuerpo maloliente de la mapaná y sintieron tanta repugnancia que ninguno se atrevió a tocarla. Finalmente la dejaron tirada en medio del matorral.

El jaguar

La jornada hasta Caramanta era pronunciadamente dura y empinada, la noche los cogió a una hora del poblado, el padre del arrierito y sus tíos andaban con sus escopetas terciadas. El tío mayor en la retaguardia sintió que La Azafrana se ponía particularmente difícil y no dudó en volver la vista hacia la espesura; se encontró con dos ojos que alumbraban como faroles desde la rama de un árbol, acto seguido disparó, se hizo a un lado y, justo en el lugar del fogonazo, caía el jaguar a cuya nuca también asestó un certero golpe de peinilla. Fue en cuestión de segundos, la recua estuvo a punto de ponerse incontrolable, si no fuera porque “**Macuenco**” aseguraba bien a la campanillera. Después le hicieron corrillo a la presa.

-Si no fuera por la decisión y la puntería de tu tío, qué tragedia hubieramos tenido.

-¡Qué animal tan grande, papá!

-“**Macuenco**”, tu hermano mayor lo cazó, ahora te toca cargarlo en una mula de estas.

“**Macuenco**” intentó en La Azafrana, pero la bestia no quiso dejarse acomodar la fiera, la única dócil fue La Granadilla, el tamaño del jaguar era imponente.

En la medida en que fueron penetrando al poblado, las gentes acercaban sus linternas de liencillo y velas de sebo para apreciar mejor la inusitada carga.

-¡Si alguien se deja agarrar de un animalazo de estos no queda ni el rastro!

-Llévenlo a la plaza para que todo el mundo mire.

Así lo hicieron y las gentes concurrieron a ver el animal y a que les contaran cómo lo habían cazado.

-Pero qué patas y qué garrotas. Dicen que cada uña de esas es como un puñal.

-Aquí sí se le pueden coger los bigotes, pero qué carota.

-Fiera es ésta, no hay quien le arrime.

-¿Cómo la mataron?

-¿A dónde les salió?

-Esta selva definitivamente es muy templada.

La velada fue larga y ellos partieron a dormir en la posada, después que todo el mundo les ayudó a descuerar el jaguar. Un tala-bartero se comprometió a curarles la piel para cuando volvieran y con él la dejaron.



**...y, justo en el lugar del fogonazo, caía el jaguar a cuya nuca también
asestó un certero golpe de peinilla.**

El Cauca

Reiniciado el camino fueron bajando hacia La Pintada, el tapón selvático continuaba atravesándose, pero era menos difícil y el cañón del Cauca comenzaba a divisarse.

-Mire tío, los caballitos que forma el agua. ¡Cómo el río va con fuerza!

--De todos, el que más veces ha pasado por aquí he sido yo y cada vez me convenzo de que este río hizo las montañas a un lado para pasarles por el medio. Corre a los empujones.

-Mijo, cómo será la fuerza que lleva cuando una vez bajó crecido y se arrastró un bosque de ceibas como si fueran pajas.

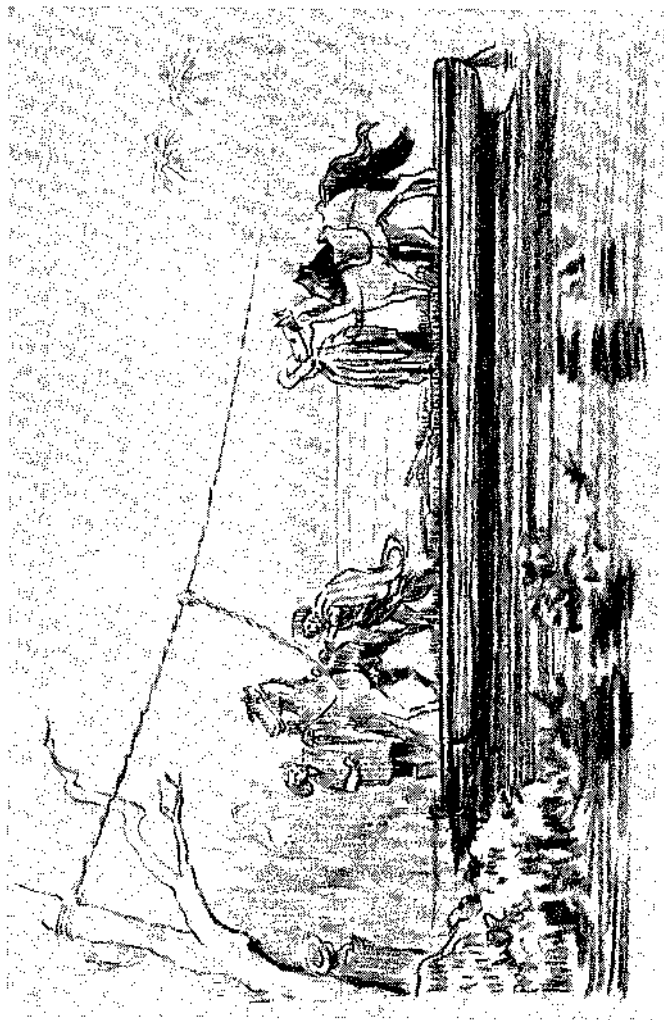
-Pero en La Pintada es más tranquilo y se puede pescar, allí se puede comer buen pescado, decía “**Macuenco**”.

-A mí me gustaría subirme en una canoa y dar una vuelta por el río, decía el niño.

-Cuando lleguemos allá le pedimos a un pescador que te la dé y nos pegamos un baño.

-¡Miren qué arco iris tan grande, va desde el río hasta la cumbre de Los Farallones!

-¡Es de ver y no creer! ¿Qué le parece mijo si nos encaramamos todos con las mulas en él y así pasamos el río?



Hijo, antes no había este puente, algunas cosas se pasaban en una canoa suelta y las bestias nadando. En invierno era muy peligroso.

-¡Ah! papá, si se pudiera.

Les rindió y llegaron con tiempo de nadar, montar en canoa y ver pescar.

El de la canoa donde navegó el arrierito se puso a hacer girar una cuerda como si fuera a enlazar las aguas, cuando la lanzó una atarraya quedó dibujada en el espacio y como una fuerza aguje-reada giraba hasta posarse y sumergirse bien adentro de las aguas, después el pescador empezó a halarla. Su sonrisa llenaba de bienestar el ambiente y era seguro que una grata sorpresa le aguardaba, una vez se asomó la red apareció una presencia semejante a un lingote de plata estremeciéndose en sus espacios; pescó un animal de una arroba.

-Señor, ¡qué animalazo!

-Es un bagre. Es que con la red y en esta época se coge pescado excelente. Pero éste es como para hacerle una fiesta; el río nos tira comida todo el año a todos los que queramos.

-Y con lo grande que es.

-Es inmenso y generoso. Gracias a él nadie de por aquí se muere de hambre.

Fueron a descansar a la posada, allí se contaba con espaciosos y empedrados corredores en la entrada para bajar la carga, con una buena “manga” para que las bestias pastaran, piezas para alojarse y fogones para cocinar.

-Esta posada es la mejor que he visto.

-Es muy conocida arrierito; es para descansar y tomar aliento antes de emprender la subida a Santa Bárbara. Esa es la jornada para mañana.

Levantados a las cuatro de la mañana, a las cinco partían.

-Este puente de canoa es muy bueno.

-Hijo, antes no había este puente, algunas cosas se pasaban en una canoa suelta y las bestias nadando. En invierno era muy peligroso.

-Ahí fue donde el río se le llevó la mula a “**Macuenco**” con el vino de consagrar. Ya vas viendo por qué.

A la Bella Villa

Terminada la jornada llegaron a Santa Bárbara. En la noche vinieron las adivinanzas. El tío mayor las ponía.

-Esta es fácil: agua pasó por aquí, cate que no la ví.

-Me la sé: el aguacate.

*-Voy a la plaza,
compro una vela;
vengo a la casa
y lloro con ella.*

-La parafina.

-No, porque aun cuando se parece a la lágrima, no es quien la quema el que llora.

-Entonces, ¿una vela que me hace llorar?

-O una cosa con forma de vela.

-¿Qué podría ser?

-Adivínalo.

-Ah!.... la cebolla larga es como una vela y hace llorar al que la pica.

-Esa estuvo muy fácil y te ayudé. Ahora viene una sin ayudar.

*-Mudo soy,
ciego soy,*

*sin embargo,
a todos sus señas doy.*

-Un hombre ciego y mudo.

-Imposible, si no ve a los demás, ¿cómo les puede dar las señas que tienen? ¿Cómo les va a decir si son blancos, negros, bonitos o feos?

-Me ayudaste, el espejo.

*-En el cielo Dios me tiene,
por más que en su nombre no;
en la Iglesia estoy perenne,
y en San Blas y en San León.*

-Los que se salvan.

-Hay que pensar y después responder.

-¿Cómo es bien?

De nada valió repetir y esperar, el arrierito se dio por vencido.

-Te dejaste coger con una muy fácil de adivinar. Es la letra L.

El juego de las adivinanzas no paró hasta que se fueron a acostar.

Al otro día, reemprendieron la marcha, pasaron por Caldas, y finalizaron el recorrido en Medellín.

Entregaron las encomiendas y a quien las recibía el niño le preguntó:

-¿Cómo es lo del aparato?

-Yo tampoco he podido entender; hasta que no lo armen y lo pongan a funcionar se sabrá. Por aquí viene un místico a recoger las partes que le van llegando, dice que va a armar el motor y después el chasis, pero sabrá Dios.

Fueron a descansar a una pensión cerca de la plaza de Berrío. Luego salieron muy bien vestidos hasta la peluquería de don Elías. Este los informaba de todo lo que estaba pasando en el mundo y sus alrededores.

-¿Qué ha habido don Elías?

-Por aquí anduvo el Arzobispo. Me contó que ya la plata no iba a valer nada porque se iba a empezar a negociar solamente con papeles.

-¿Cómo así?

-Sí, dizque el Gobierno no iba a entregar más oro ni plata, sino unos billetes con la firma de él que iban a tener el mismo valor del oro, que se mantendría guardado en una oficina pública.

-Eso está como muy raro.

-Rarísimo, Monseñor dijo que en Europa habían hecho así y que la pobre gente que contaba con una plata hoy, mañana se encontraba conque ya no valía nada porque no tenía el respaldo.

-Mejor es contar con lo que se tiene en el bolsillo en oro y en plata. Ese es el dinero que vale. Un papel nunca se sabra cuánto vale.

-Monseñor dijo que eso era un robo disimulado del Gobierno, para disponer de la plata de los demás como si fuera de él. Que era mejor que cobrara impuestos, pero que no hiciera eso. Yo hasta le aconsejé que hablara con el Presidente del Estado a ver si paraban ese asunto.

-Buen consejo. Pero siquiera me dijiste para ir guardando unas monedas, antes que se acaben.

-Claro que hay otros clientes que le dicen a uno que no le pare bolas a Monseñor, que eso tampoco viene a ser tan grave. Que a la

hora de la verdad la gente no va a ser tan boba de dejarse quitar lo que tiene.

-Lo mejor es evitar el peligro. Si el asunto produce desconfianza es mejor insistir en que Monseñor hable.

-Yo también creo eso.

-Por aquí estuvo don Francisco Posada que vino de Nueva York y anduvo también por París.

-Estaba que no se cambiaba por nadie. Todo lo encontró bien distinto, la gente se preocupa allá por estudiar, por hacer inventos y me hablo dizque de una revolución industrial.

-¿Y eso qué es?

-Le entendí que era para acabar con la vida del campo y poner a la gente a vivir en las ciudades, para que así estuviéramos todos cómodamente.

-¡Cómo si todos los días fueran de mercado!

-Imagínese, qué comodidad.

-Definitivamente la gente se nos está como enloqueciendo.

-Lo dejé hablar cuanto quiso, pero no quería saber sino de máquinas que hicieran todo y uno se quedara manicruzado, como si a las máquinas no hubiera que cuidarlas.

-A nosotros nos tocó traer las piezas para un aparato que es capaz el solo con la carga de las 20 mulas que llevamos, según dicen.

-Para don Francisco va a ser una excelente noticia.

-Pero no hemos podido entender cómo será eso.

-Es que eso solamente viéndolo.

-¿Y usted no sabía?

-Primera noticia... pero su niño es ya todo un hombre.

-¡Ah! aquí se lo traje para que me le de una “**motilada**”

-Aquí lo atenderemos.

De la peluquería pasaron a la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria y de allí se fueron a la feria de ganado. Después compraron las telas y otros encargos para la casa. Al día siguiente emprendieron el regreso. Y en el camino comentaban sus impresiones.

-Medellín es muy bonita y la gente buena. Se ve que va a crecer mucho; hay bastantes telares.

-Eso allá es una colmena, nadie se queda ocioso; saben de sobra que la pereza es la madre de todos los vicios.

-Papá, con esa frase la maestra me hizo llenar la primera plana del cuaderno, cuando aprendí a escribir. Yo me acuerdo de esa y de “Querer es poder”.

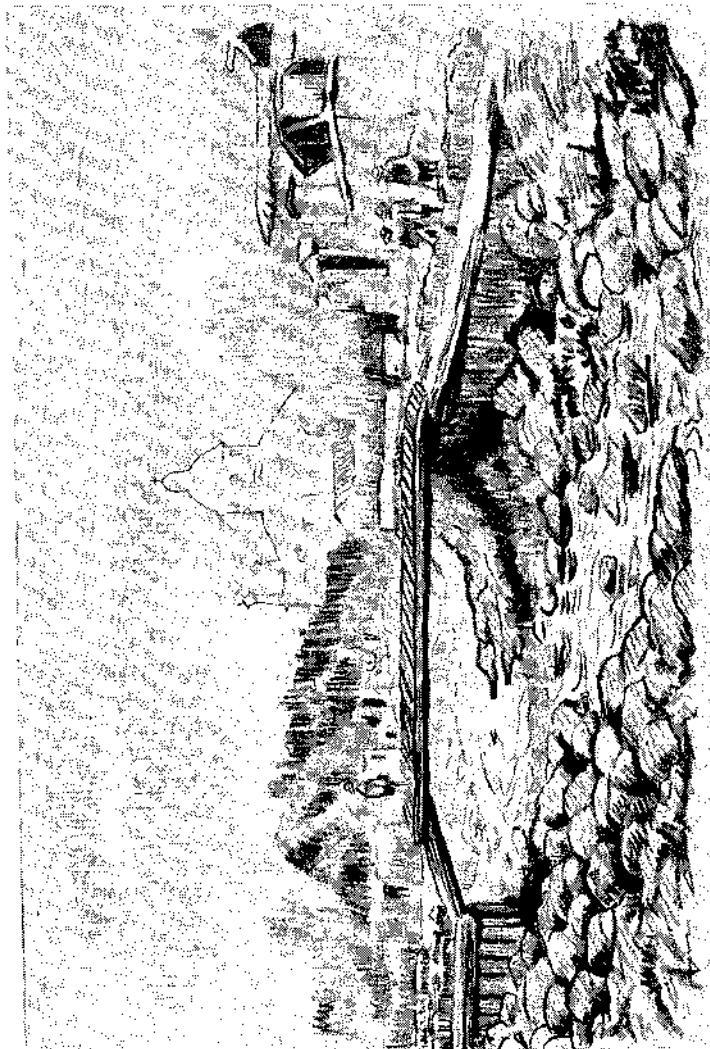
-Así es, por eso aquí no hay vicios y la gente se quiere.

-Se nota que viven muy alegres. Los parques son bonitos, las calles todas empedradas, las casas con sus balcones floridos son limpias y bien mantenidas, las playas del río Medellín son amañadoras. Pareciera que todo el mundo estuviera pendiente de ayudarle a uno.

-“Macuenco”, eso es así, por eso estoy satisfecho de que el niño haya venido por aquí. Si le sigue yendo bien en los estudios llegará el día en que lo traeremos para acá.

-Eso será cuando ya sea grande.

-Sí, cuando crezca.



Finalizaron el recorrido en Medellín.

El Sueño

Llegaron a Caldas y dejaron las bestias en una pesebrera en donde les dieron “**cuido**” con miel de purga y se las herraron por \$1.00 cada una. Las herraduras las hacían del hierro que iban fundiendo en una pequeña fragua. El herrero sacaba una barra al rojo vivo agarrada con unas pinzas, luego la ponía sobre el yunque y con la habilidad de su potente muñeca empezaba a darle golpes con un martillo hasta que dejaba formada la herradura.

El niño miraba al herrero, sudoroso y fuerte, agarrar después la pata de la mula como si fuera de trapo y limarle los cascos como si fueran de corcho, antes de calzarle la herradura.

-¿Cómo es que el animal no extraña a ese hombre que no es su dueño?

-Es que los animales saben a quién tienen que respetar. Le dijo sentenciosamente su tío mayor.

En la posada de allá el arrierito tuvo un sueño:

Un hombre mal afeitado se veía detrás de un vidrio, sentado y moviendo un timón. Se notaba con mucho afán, como queriendo llegar rápidamente a algún lugar. En su cara se reflejaba el desespero.

El niño se asustó y se despertó. Entreabrió los ojos y se tranquilizó para luego seguir durmiendo hasta el día siguiente.

-Tío tuve un sueño: un señor mal afeitado y triste, como afanado, iba detrás de un vidrio sentado y moviendo un timón. Me asusté y me desperté, pero me volví a dormir.

-Debe ser un ánima en pena. Rece por ella.

-Sí, es la peor cara que he visto.

-Dígame tío que lleva en ese carriel.

-El alma sobrino. Este es jericuano, mire la piel de tigrillo, el cuero quemado y bien trabajado, el color rojo que tiene la tapa por dentro, sus seis bolsillos y sus tres secretas. Aquí va el Rosario, el Crucifijo que me regaló su abuela, las fotos de los viejos, cartas personales, la baraja, los dados, la barbera, las monedas de oro. Escuche estos versos:

*Cuando se luce el carriel,
confidente y escudero,
se está apoyando en el hombre
la razón del universo,
y enloquece de repiques
el campanario del pecho
porque cabe en el carriel
la grandeza de mi pueblo.*

Por eso hay que sabérselo terciar y tratarlo con cariño.

-En el mío tengo los corozos y unas guayabas que cogí por ahí.

-Es lo que cargan los niños en los carrieles.

Llegados a Santa Bárbara los mayores conversaron entre sí, mientras el niño dormía.

-Me quedé preocupado porque un ánima molestó al muchacho en Caldas.

-¿Cómo así?

-Yo le dije que rezara, pero de pronto va a ser bueno hablar con un Padre.

-¿Y qué era?

-Un hombre mal afeitado y con afán, detrás de un vidrio y moviendo un timón.

-¿Qué le hizo?

-No, se le apareció en sueños y lo asustó. Dice que es la peor cara que ha visto.

-Pero, ¡ese hijo mío es muy guapo! Si a mí, a la edad de él me hubiera pasado semejante “cacho”, yo no seguiría durmiendo solo.

-¡Ah! y me contó una vez y punto. ¡Qué machazo!

-Yo ni le quise hablar del espanto de Hojas Anchas. Antes de llegar a Caramanta, sude frío cuando estábamos pasando por ahí.

-“Macuenco”. Pero eso es una leyenda.

-Aquí la cosa cambia, pues mi hijo enfrentó una pesadilla.

-Hay que estar pendientes.

De Santa Bárbara bajaron a La Pintada. El niño se acostó a la orilla del río viendo las nubes y empezó a percibir que formaban figuras. Unas parecían recuas, otras arrieros y una como una caja con una extraña trompa que iba sobre ruedas. La miró fijamente y pensó que ese era el aparato.

-“Macuenco”, vea esa nube.

-Tiene una forma como rara. Se parece a una caja con una cosa



— Dígame tío qué lleva en ese carriel
— El alma sobrino

que parece una trompa y con ruedas.

-¿No será así la caja?

-Y si las nubes no la conocen, cómo la iban a pintar.

-Pero ellas ven todo y nosotros no.

-Además el viento está en todas partes.

-¿Por qué no subimos a preguntarles? ¿Ves cómo están cerquita del pico de esa montaña? Es sólo dar un salto.

-Qué bueno sería encaramarse por allá.

-Compré dos trompos en Medellín.

-¡Juguemos!

Jugaron una calle completa, pero esta vez el arrierito no pudo con la destreza de “**Macuenco**”. No valía tiro directo al piso, había que lanzarlo y recogerlo bailando en la mano. No se podía tampoco arrastrarlo con la pita para acercarlo al “**puchaletas**” y empujarlo hasta el final de la calle. Así es que en el calvario y con la fuerza de “**Macuenco**”, del trompo “**puchaletas**” del arrierito no quedaron sino astillas.

Los mayores volvieron a conversar por la noche:

-El muchacho dice que veía una nube con la forma del armatoste.

-¿Te la mostró?

-Sí, parecía una caja con una trompa y cuatro ruedas.

-Quién sabe con la imaginación de los niños...

-La derecha es llevarle la cuerda y así lo hice. Pero es un caballero.

-¿Por qué?

-Jugamos trompo y no le deje ver ni media. No se ofuscó, supo perder.

-Ese muchacho hay que cuidarlo mucho para que no se descamine.

-Mi Dios me lo proteja, para que no se nos dañe y sea un gran hombre.

El extraño hombre volvió a presentarse en los sueños del niño. Esta vez, se dejó ver sobre un camino tan inmenso como las calles del pueblo, dentro de la caja con el vidrio, que se movía sobre unas ruedas y que llevaba pegada otra más grande, con la forma del armatoste que vio en las nubes.

Ese señor se veía con afán y pasaba indiferente ante los parajes que iba atravesando; daba pesar verlo en apuros, pero por más que quería preguntarle “en nombre de Dios, ¿qué deseaba?”, no se atrevió a hacerlo y le rezó a las ánimas del Purgatorio.

Cuando rehicieron el camino, cerca de Valparaíso, el arrierito le dijo a su padre:

-Volví a soñar con un hombre bastante gordo, que iba afanado manejando un armatoste. La caja con el vidrio es lo que va adelante, atrás va otra más grande y lo van moviendo cuatro ruedas. Recé por el pobre porque realmente debe sufrir mucho.

-Mijo y ¿cómo se sabe qué sufre?

-Se movía por un camino tan ancho como las calles del pueblo y nunca se alegraba con nada, como desesperado. Haga de cuenta que lo estuvieran persiguiendo.

-Así cuentan que le pasa a la gente con el espanto de Hojas Anchas. Se aparece y la pone a correr hasta reventarla del cansancio.

-¿Cómo?

-Sí, esa es la historia que le tienen a un espanto que se le aparece a la gente en la vereda de Hojas Anchas, adelante de Caramanta.

-Pero allá lo que nos salió fue un jaguar.

-Gracias a Dios; el espanto nunca. Debe ser porque como dicen "el espanto sabe a quien le sale".

-Pero entremos a Valparaíso y le contamos al Padre para que celebre una misa por el alma en pena.

-¡Eso es lo que hay que hacer!

El viejo párroco de Valparaíso los vio llegar con una sonrisa en los labios.

¡Qué gusto verlo por aquí de vuelta y tan bien acompañado!

-Padre, es mi hijo mayor y aproveché sus vacaciones para traerlo.

-Quédense esta noche que la Casa Cural es pobre, pero tendré un gran placer en atenderlos. Y además quiero que me lleven unos encargos para Supía, Riosucio y Anserma.

-¡Con el mayor gusto!

-No sabe el bien que usted nos hizo con habernos traído el órgano. Llegó sin ningún maltrato y tiene un sonido bellissimo. Todas las gentes de aquí se sienten muy orgullosas de contar con él para las celebraciones; cuando viene el señor Obispo a visitarnos siempre elogia ese instrumento. Ya varias personas hemos aprendido a tocarlo. Nuestro corista dio un concierto con música de Mozart. Usted no se imagina.

-No se puede negar padre que nos fue bien con la traída del órgano. Siendo para la Iglesia, Dios tenía que ayudarnos. Y para algo nos dio las mulas.

-Y cuénteme, ¿en qué podría servirlos?

-¡Ah! Padre es que nos da la impresión que un alma en pena está molestando en sueños al niño.

-¿Cómo es eso?

-Padre ya soñé dos veces con un pobre hombre que con cara de desesperado conduce una máquina que, según nos contaron, puede con el peso de todas nuestras mulas.

-Pero yo no he visto a nadie manejando máquinas con carga.

-Padre, le explicaré con calma. Desde Pereira nos encargaron llevar unas piezas para armar una máquina en Medellín. Nos explicaron que era algo así como una caja con ruedas, que podía ser conducida por una sola persona y aguantaría con el peso de toda la recua. Nos pareció que se trataba de una exageración; pero el niño ha venido soñando con un hombre que maneja una máquina así y con una cara que da lástima.

-No tiene nada de raro que alguien estuviera así al lidiar solo con una máquina y semejante carga. Basta con recordar como a San-són los filisteos le pusieron como castigo hacer girar la rueda de un molino, que normalmente era movida por caballos.

-Padre, usted no se imagina la cara del hombre del sueño, parece que no quiere sino llegar de afán a algún lado.

-Tu sueño puede ser no un ánima en pena, sino una premonición.

Cada que el hombre aguza su ingenio para hacer más cosas por hacerlas, como pasó con la famosa Torre de Babel, tiende a descartar a Dios y termina descartándose a sí mismo. No quiere nada a no ser su manufactura. Pero celebremos una misa por las ánimas, por sí es lo que conviene, porque en estos casos no faltan las dudas. Sin embargo, no dejes de pensar en que al hombre lo pue-

den perder sus propios inventos, si no están ordenados a su propia perfección.

-Muchas gracias Padre. Ya con lo que nos dice quedamos más tranquilos. ¿Verdad miijo?

-Sí papá.

El canto del sinsonte

Del despertar en Valparaíso siguieron a Caramanta y, al subir, un sinsonte empezó a dar un concierto repitiendo los compases de las campanas que tocaban el Ave María.

-Este pájaro es el mejor músico del mundo.

-¿Cómo se llama?

-Es un sinsonte, como el que tiene don Pedro José en el balcón de su casa.

-Pepito, es el nombre que le puso -decía "**Macuenco**"- y le deja la jaula abierta, da vueltas por la casa y vuelve a meterse en ella.

-Yo no sabía, dijo el padre del arrierito. ¿Por qué no nos cuentas su historia?

-La última vez cuando subí a Anserma me encontré con don Pedro José y no hizo sino hablarme del animal. Lo que le enseña a cantar se lo aprende y una vez que estuve silbando unas bestias, el pájaro me aprendió el silbido. Yo silbaba y él también. Creí que me remedaban y empecé a buscar quién era, hasta que me tope con la jaula. Cuando vi a don Pedro José le conté y por eso supe el nombre que le tenía. Después fuimos a su casa y lo puso a entonar el himno nacional y varios bambucos, hay que ver para creer.

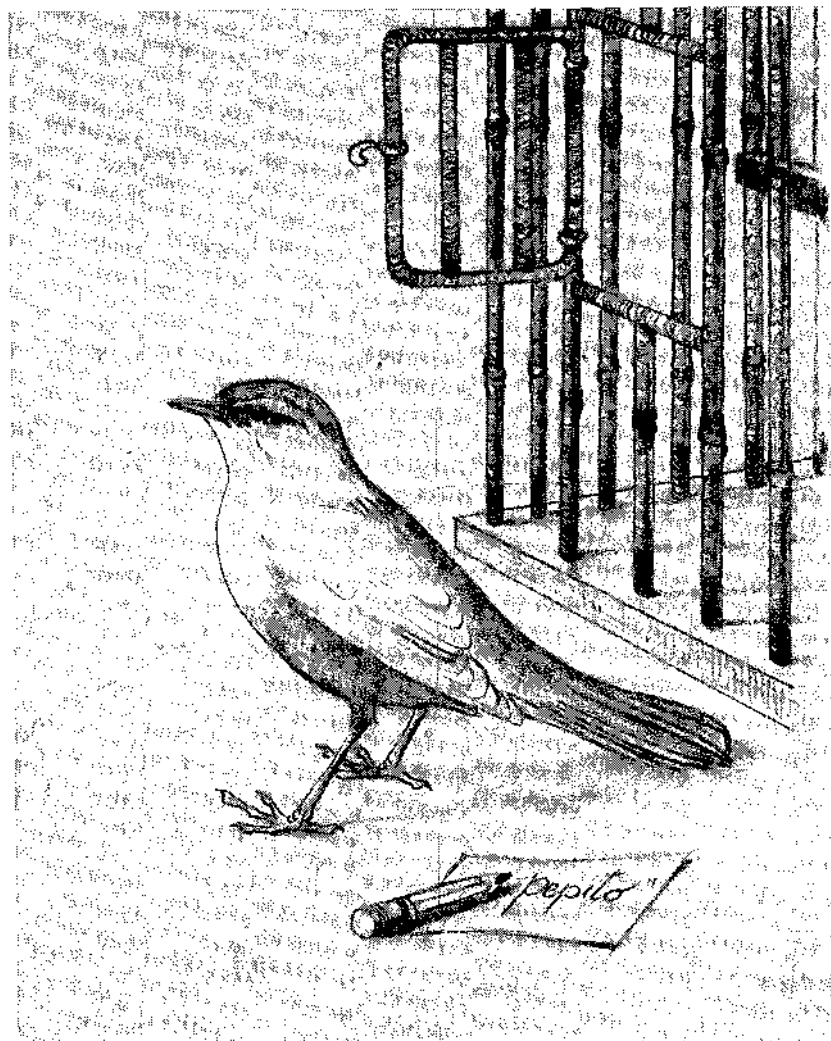
-El lo trata con mucho cariño, le da leche con vino, frutas, pero sobre todo afecto. Los animales animales son, pero no dejan de sentir la agresión y el afecto, por eso es que reconocen a su dueño o a quien los estime.

-A mí me gustan las peleas de gallos -dijo **“Macuenco”**- y don Pedro José tiene unos verdaderos campeones.

-¿Por qué será -preguntó el arrierito- que cuando él saca a **“asoliar”** esos gallos, a ellos no les importa si por la calle pasa un perro, un gato, un caballo o la misma gente? Cómo si nada les hiciera perder la tranquilidad.

-Esos animales tienen su nobleza. Mientras no incursione otro gallo en sus dominios, ellos no se inmutan. Y pelean con mucha clase. Por eso me gustan, decía **“Macuenco”**.

-El tío mayor contó: ha habido gallos que tienen historias muy bonitas, no sólo por ser buenos peleadores en las galleras, sino porque hasta han defendido los gallineros enfrentando a las zari-güellas.



...Un sinsonte empezó a dar un concierto repitiendo los compases de las campanas que tocaban el Ave María.

Otra vez el sueño

Llegados a Caramanta recogieron la piel del jaguar y siguieron el descenso hasta Supía, en donde pasaron la noche.

Aquí, hubo un nuevo sueño con tres niños que jugaban “cogín”. Uno de ellos era el carcelero y salía detrás de los demás, al que tocaba quedaba preso y solamente si el que quedaba libre conseguía burlar al carcelero y tocar al preso, éste recobraba su libertad, exponiéndose a que el carcelero también lo agarrara. El juego estaba muy entretenido porque el carcelero amarró a su preso con un bejuco de batatilla y salió a coger al que estaba libre.

Pero, de repente apareció el hombre con el extraño aparato y los convidó a dar una vuelta; otros niños que estaban cerca del lugar también acudieron y así atestaron el armatoste, dejaban de lado todo lo que estuvieran haciendo para subirse a él. Estaban como locos. De los que se ubicaron adelante uno empujó al de la orilla, lo hicieron caer al suelo y las llantas pasaron por encima de su estómago. Al instante se escucharon los gritos de terror y todo el mundo salió a recoger a la víctima. Después de quejarse por un buen rato se calló y su mirada quedó fija como si se hubiera petrificado. Más tarde llegaron los padres del muchacho llorando y se

lo llevaron para hacerle el velorio. Cuando lo estaban metiendo en el ataúd, el arrierito despertó.

-“**Macuenco**”, anoche volví a soñar. Fue horrible.

-¡Eh! pero esa impresión si no te deja.

-Mejor te cuento. Otra vez vi al hombre en el aparato dando vueltas por el poblado y recogiendo a una cantidad de niños que querían subirse a pasear con él. Pero antes de él aparecer habían unos jugando “**cogín**” parecían enloquecidos cuando lo vieron y pararon de jugar, a éstos se les juntaron otros que dejaban tirados sus juegos. Unos se hicieron adelante y otros en la caja gigantesca que llevaba atrás. De repente los de adelante, por querer acomodarse, empujaron al que estaba en toda la orilla, éste cayó al suelo, el camión emprendió la marcha y lo “**estripó**” pasándole las ruedas por encima del estómago.

Todos lo vieron quejarse, boquear y morir. Sus padres muy tristes lo vinieron a recoger. Cuando lo introducían al ataúd me desperté.

-Eso si parece más una visión que otra cosa.

-Si llega a pasar va a ser muy doloroso.

-¿Y no conocías a ningún niño de esos?

-No, era en el pueblo que estaba un poco cambiado y usaban ropas muy distintas a las que usamos nosotros.

-¿Cómo así?

-Sí, usaban unos zapatos muy diferentes a las botas, unas medias largas hasta la rodilla, unos pantalones que les llegaban también a la rodilla y en lugar de sombrero unos gorritos con una alita sobre la frente y lo demás sin ala.

-El juego si era el que te dije, pero había algo raro en la manera como se manejaban.

-¿Cómo muy alborotados?

-Sí, parecían como avispa persiguiendo al que les había “**toriado**” el avispero.

En el camino el padre y los tíos conversaban:

-Otro sueño.

-Esto va más lejos de lo que uno se imagina.

-Sí, tu hijo está viendo algo que va a suceder como lo pensó el Padre.

-¿Por qué lo dices?

-Pues me contó ya que vio el aparato paseándose por el pueblo, a unos niños que usaban ropas diferentes y más alborotados que los que él conoce, dejando de jugar para encaramarse en el armatoste, hasta que empujaron a uno de ellos que se salió del aparato, cayó a la calle y le pasaron las ruedas por encima dejándolo muerto y “**estripado**”.

-Sí, comentó el tío mayor, eso ya no es un espanto sino un presagio.

-¿Por qué mi hijo soñará esas cosas?

-Yo creo que desde cuando supo lo de la carga que nos tocó llevar a Medellín, el asunto empezó a darle tantas vueltas en la cabeza que lo tiene en esos sueños, decía “**Macuenco**”.

-Y con razón, porque ese será el mundo que le tocará a él y mi Dios seguramente quiere prepararlo, agregaba el otro tío.

-¿Pero no será que mi hijo terminará loco?

-No creo porque eso no se le fija, él sigue viviendo normalmente.

Y mejor ni le digamos nada porque entonces no nos volverá a contar y es peor. Imagínese que el muchacho nos llegue a perder la confianza.

-¡Ah!, mi hermano mayor, ¡cómo es bonita la experiencia! Qué tal que mi hijo no confiara en nosotros. Que un hijo no confíe en sus padres y en sus tíos. Sería terrible.

-El fin de la familia para él, concluía “**Macuenco**”.

El Regreso

El desfile de mulas y de hombres encintaba la senda del regreso. Ya Riosucio había quedado atrás, los picos de Aguirre y Batero se habían dejado ver al corrérseles su espeso velo de nubes y desde Partidas se divisaban las torres de la iglesia del pueblo; a media hora de camino estarían en la finca.

El Valle del Risaralda aparecía en el horizonte, cuando la colina concluía su pendiente, hasta abrazarse con el valle del Cauca en sus confines.

En esta misma zona, a la orilla del camino, quedaba la finca El Poblado donde Ramón López y don Ramón Giraldo iniciaban el cultivo -que ocupaba dos cuerdas- de unas plantas poco conocidas en la región, por ese entonces, el pequeño arriero se detuvo para averiguar con su tío mayor:

-¿Qué matas son esas de hojas tan verdes y brillantes?

-Son palos de café. Los dos Ramones que las cultivan dicen que el Estado Soberano del Cauca les ayudará a pagar los sembrados y en Fredonia, en el Estado Soberano de Antioquia, tienen unas bellezas de cafetales.

-Mijo cuentan por ahí, decía el padre, que de Arabia no dejaban



— ¿Qué matas son esas de hojas tan verdes y brillantes?
— Son palos de café...

arrancar una mata de esas, hasta que un sacerdote jesuita de apellido Gumilla logró traerse unas para Colombia. De ahí sacan la bebida del café que parece ayuda a quitar el sueño, porque los de Fredonia dicen que un Abad en Arabia se la dio a sus monjes, cuando supo cómo el pastor que cuidaba sus cabras las vio animarse al masticar la mata y puso a hervir los frutos de la planta en agua, sintiendo alivio al tomarse el menjurje.

-El árbol es muy bonito cuando se llena de flores blancas y cuando sus frutas se ponen rojas, apuntaba **"Macuenco"**.

-Los Ramones dicen que eso nos dará a todos para vivir, porque las cosechas se venden por muy buena plata, anotaba el tío mayor. Pero se demora más tiempo para dar que el frijol o el maíz.

A Anserma llegaron en pleno jueves de feria. El desfile de cochinos, vacas, caballos -cuyas herraduras hacían sus jinetes chispear en los empedrados- y toros bravos manejados con sogas largas por veteranos vaqueros, eran el terror de todos los que se habían criado en el pueblo. En la plaza principal se instalaban los corrales para los animales; allí se negociaba de palabra y después de un intenso **"baraqueo"**, que consistía en pedir, regatear, quitarse y volver a negociar.

Abandonado el poblado, a los pocos minutos la recua mojaba sus cascos en la quebrada de Cauya, llegaban a la portada de su destino, subían por una entrada empedrada hasta los patios de la estancia y, sonriente como un sol, la madre del arrierito los saludaba desde el corredor.

El, la notaba con un traje para alcoba de unos encajes muy bonitos. La abrazó y le preguntó si había estado enferma. Ella le dijo



...Allí se negociaba de palabra y después de un intenso "barequeo", que consistía en pedir, regatear, quitarse y volver a negociar.

que estaba cuidándole un hermanito y lo llevó a la habitación.

Esta olía a talcos perfumados, todo en ella tenía colores festivos, parecía que un cortejo de vida la poblara.

La pieza se había convertido súbitamente en un altar en honor a la maternidad, dentro de una cuna cubierta con un toldillo, dormía plácidamente un niño.

El se puso muy contento y los rostros de su padre y sus tíos estaban radiantes de felicidad. También el de una señora, que se encontraba allí cuidando a su madre y a su hermanito, por esos días, a quien le decían: Anita la partera.

Luego salieron para no despertar a la criatura.

-¡Mamá! que bueno que la Virgen me trajo un hermanito, ahora tengo con quién jugar.

-Ella aprovechó tu viaje y así tampoco me dejó sola.

-¿Y cuándo nació?

-Hace tres días, va a ser inmenso, parece que tuviera un mes. Gracias a que Anita me ha estado acompañando he podido lidiar con él. Ahora les toca a ustedes ofrecerlo a los vecinos y familiares.

-¿Cuándo es el bautismo, para que no se vaya para el limbo?

-Estaba esperando a que llegaran para que me lo hicieran bautizar porque yo me tengo que quedar 40 días en cama, haciendo la dieta. Voy a mandar a decirle a tus abuelos que le sirvan de padrinos y a tu papá que le escoja el nombre.

-Que se llame como tu papá, hija.

-A él le va a gustar mucho, mijo.

-A mí también comentó el arrierito.

La Escuela

Pasadas las vacaciones, el niño volvió a la escuela. Tenía que co-ger por un sendero ubicado arriba del potrero de la finca que se empinaba hasta un camino real, de uno de cuyos costados empezaban a subir unos grandes escalones, al final de los cuales se encontraba un Quiosco que dominaba por esos contornos.

En ese lugar recibía las clases, pues sus maestros llegaron a la conclusión que al niño campesino no debía educársele en salones encerrados, sino abiertos y con unas persianas que les graduaran la intensidad de la luz o que cerradas los abrigaran cuando fuera necesario.

Pues, sentenciaban que el primer elemento de la pedagogía era la luz.

El patio de la escuela tenía un estanque grande poblado de peces de colores, para que los niños los cuidarán y los admirarán.

Alrededor de éste estaban escritos los nombres de los benefactores de la institución, con el fin de incentivar la colaboración y la gratitud.

Allí se podía jugar en los recreos balanceándose en burros de guadua, apostando carreras, elevando cometas, disparando ca-

ñones de guadua, con corozos, con bolas, con trompos, con pompas de jabón, haciendo “pulsas”, tirando a lanzar más lejos los pedruscos, a saltar a mayores o desde mayores alturas, a los “gorros” que era siguiendo las pruebas que hacía el otro sin quedarse atrás y de mil maneras que nunca acabaríamos de contar.

La escuela contaba también con una huerta bellamente cercada con guadua y travesaños de madera, con eras muy bien distribuidas. Al igual que con un potrero en donde se criaban vacas lecheras y un buen gallinero. Con lo que se producía sostenían al establecimiento, pagaban a los profesores y mantenían cartillas, pizarras y cuadernos para los estudiantes.

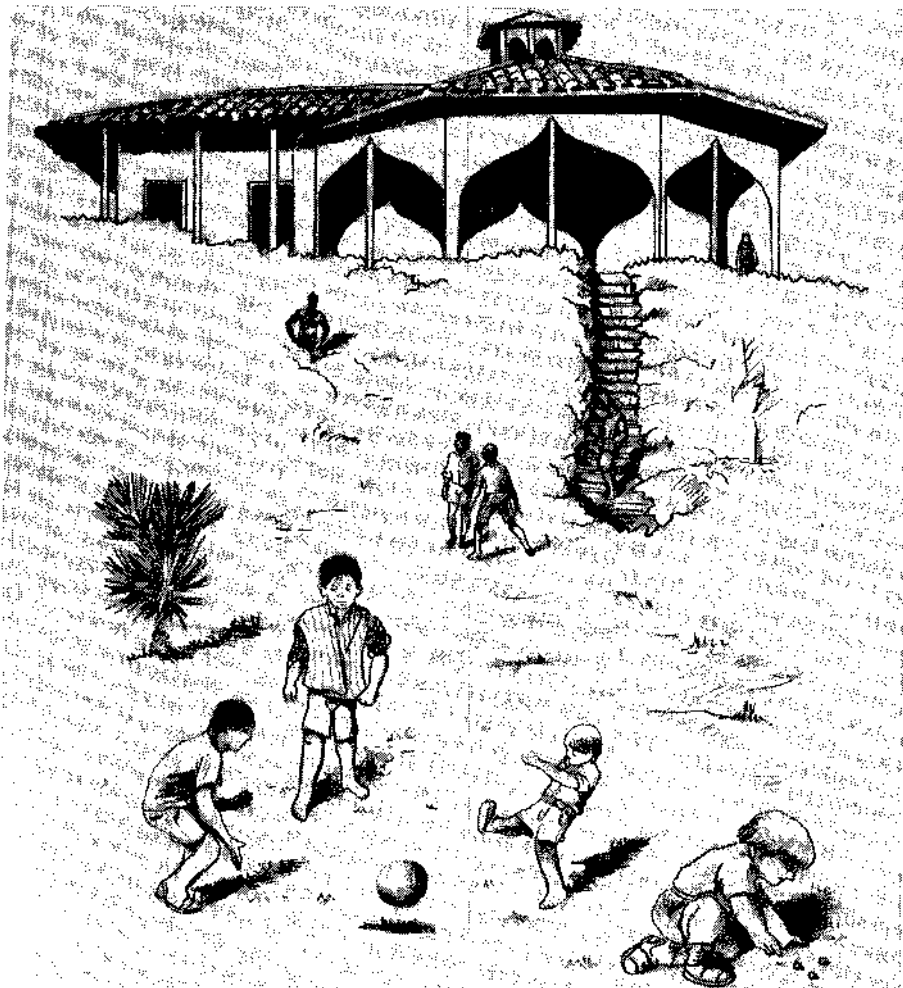
El buen orden que allí reinaba hacía que los muchachos aprovecharan los estudios; hasta tal punto que cuando terminaban la primaria sabían redactar con buena letra y sin ningún error, conocían perfectamente los reinos de la naturaleza, la geografía y la historia del municipio, de la región y del país, el manejo de las operaciones aritméticas, la doctrina católica y la historia de la Iglesia, las reglas de buen comportamiento y el sistema de gobierno que los regía.

Había una maestra que se encargaba de los cursos de primero a tercero y un maestro que les enseñaba a los de cuarto y quinto.

Los maestros eran como unos padres para todos y cada uno de los alumnos. Parecía que cada uno de ellos fuera el único que tuvieran, hasta cuando no les aprendieran no quedaban contentos.

El ambiente era lleno de afectos y sin tensiones.

Apenas rezaron y comenzó la clase, la maestra los saludó y les dijo:



...pues sus maestros llegaron a la conclusión que al niño campesino no debía educársele en salones encerrados, sino abiertos y con unas persianas que les graduaran la intensidad de la luz o que cerradas abrigaran cuando fuera necesario.

-Hagánme una plana contando algo de lo que hicieron durante las vacaciones.

Terminada la tarea puso a algunos a que leyeran lo que habían escrito para todos los cursos.

El arrierito narró parte de su viaje cuando recibieron la carga y lo que el aparato podía hacer.

Entonces, la maestra comentó:

-Muchachos, ya ven cómo se están inventando máquinas para el hombre viajar y llevar sus mercancías de un lugar a otro. Hasta hoy conocemos los barcos y las mulas como medios de movilización, en el futuro serán los barcos y el nuevo aparato. Los barcos cuentan con las corrientes de agua, el nuevo medio quién sabe con qué caminos contará. Quizás con caminos anchos y empedrados como las calles de los pueblos. Se necesitarán muchos brazos para construirlos, en todo caso las distancias terrestres se acortarán y se vivirá más a las carreras. ¿Esto será para bien? ¿Será para mal? Yo sería una mala profesora si no les manifestara mi desconfianza. Sobre todo, con lo que mi discípulo me está relatando. El dice que tuvo sueños que lo preocuparon; sería bueno que nos contara cuáles fueron.

Así, el arrierito contó su historia y la maestra intervino nuevamente.

-Todo lo que el alumno ha dicho corrobora las inquietudes que la nueva invención despierta. Un hombre que se pasea en un vehículo de esa naturaleza, sin siquiera haber usado la barbera para afeitarse. Que está preso de la angustia y el afán; hasta el punto de no reparar en las bellezas con las que la naturaleza nos cerca: las montañas con sus picos, la vegetación, las aves y los ríos. En-

cajado como una pieza metálica más en el mecanismo del reloj de los tiempos en que vive, ausente de sí mismo y de lo que lo rodea. ¿Cuál ira a ser su lenguaje? ¿Cuáles sus maneras? ¿Su estilo de relación con las personas y las cosas? ¿Hasta qué grados de vulgaridad y depresión podrá llegar? Los educadores tendremos que saber responder para prevenir y salvar a nuestros discípulos de semejante descomposición. Quizás es para esto que se nos están dando a conocer oportunamente todos estos hechos.

Pero recuerden que estamos partiendo de sueños y suposiciones, la realidad tal cual va a ser le corresponderá vivirla a otros. Les voy a dar el recreo y después seguimos conversando.

El recreo esta vez no fue de juegos sino de ruedas y conversaciones.

-No podemos seguir al paso de las mulas, es mejor con las máquinas.

-¿Pero sin alma?

-De las carreras no queda sino el cansancio.

-Es el ingenio humano, el progreso no le hace mal a nadie.

-Pero aquí en todo caso hay algo raro.

-¿Cómo serán las guerras de ahora en adelante?

-¡Ah! se van a volver interminables.

-Yo creo que no habrá más.

-Mañana les digo lo que van a pensar en mi casa.

En la placidez del hogar

En su casa aprovechaba los ratos que le quedaban después de hacer las tareas para jugar con su hermanito. Le movía el sonajero o le rozaba el mentón hasta hacerlo sonreír, le cantaba las rimas de la “paloma torcaza”, de “soy pirata y navego en los mares” e incluso de “los pollitos” o “Mi gatico”. Cuando aprendió a cogerlo lo arrullaba y ayudaba a darle el tetero.

Un día, que lo tenía en el corredor para que se calentara con el sol, vio como se paseaba la pava con una camada de pavitos que hacía poco había empollado.

Los pavitos se comportaban de distinta manera, unos se empujaban entre sí, otros no querían separarse de las alas de su madre, y los demás solamente querían estar picoteando todo lo que se les atravesara en el camino. De repente, la pava dio un chillido fuera de lo común. Los que estaban cerca fueron cobijados bajo sus alas, los juguetones se tiraron boca arriba como si estuvieran muertos y los picoteadores se escondieron entre un pequeño matarral. Todos quedaron como estatuas y la pava miraba inquieta hacia el firmamento.

El arrierito no creía lo que estaba viendo. Volvió su vista hacia el

cielo y después de mucho mirar encontró un punto oscuro que se desplazaba a grandes alturas.

Comprendió que el gavilán surcaba los espacios.

Después de un largo rato el punto desapareció, la pava dio un nuevo chillido y la familia pavuna continuo con su paseo.

El muchacho no se aguantó y llamó a su madre.

-¡Mamá!, mire la pava.

-¿Qué pasó mijo?

-Un gavilán se asomó por allá lejos, como un puntico, la pava chilló y todos los pavitos se escondieron o se hicieron los muertos. Hasta que no pasó el peligro y la pava volvió a chillar, no volvieron a caminar.

Ella lo escuchaba encantada.

-Mijo, la naturaleza le ha dado muchos privilegios a las madres para que puedan velar por sus hijos. No es sino que obedezcan y por más grandes que sean los peligros ellos se salvan. Ahí ves la mano de Dios.

Mientras la madre bordaba sobre una tela templada por un aro -que daba la impresión de un tambor- con hilos de seda de vivísimos colores que ya dejaban entrever la figura de un espléndido pavo real, para elaborar unas carpetas que servirían de adorno a la mesa de la sala, el niño aprovechaba para seguirle contando algunas cosas.

-Mamá te quería decir también que en el viaje de vacaciones nos tocó llevar una carga muy rara hasta Medellín.

-Tu papá me lo dijo todo, hasta lo de los sueños. Me avisó que en las próximas vacaciones te volvería a llevar, porque te maneja muy bien.

-Si mamá, me parece muy bueno, pero conté hoy en la escuela también.

-¿Y qué dijo doña Josefita, tu maestra?

-Ella comprende las cosas y dijo que no sabía si eso iba a ser para bien o para mal, que las distancias se acortarían y todo sería más a las carreras.

En el recreo ni jugamos por estar hablando del asunto, sobre todo con los de cuarto y quinto.

-Lo malo de todo es que si se acaba la carga con las mulas, no podrás ser arriero como tu padre y tus tíos. Pero, ¿no pasará mucho tiempo antes que las cosas cambien?

-Sí mamá, por lo que he soñado cuando se usen esas máquinas habrá niños que vestirán de otra manera.

-¿Cómo mijo?

-Sí, vestirán no con botas sino con unos zapatos que les llegarán apenas hasta el tobillo, medias largas hasta la rodilla, pantalones cortos también hasta la rodilla y usarán unos gorritos con una alita sobre la frente distinta del ala redonda de los sombreros que usamos.

-Te quedaría bien esa moda.

-No, yo no cambio la ropa que nosotros usamos por nada.

-A ustedes los hombres no les gusta cambiar de moda. Son menos complicados, pero yo me imagino que quedarás apuesto.

-Quizás esa moda le toque a mis hijos.

-En todo caso, yo creo que vivirás tu vida de arriero y de pronto a ellos les toque vivir de otra manera. Lo que no sé es lo mismo que no supo decir doña Josefita: ¿será para bien, será para mal?



Te quedaría bien esa moda.

Esa noche el niño vio en sueños la iglesia del pueblo repleta: era el entierro del niño atropellado por el aparato. Su maestro le recitaba al pie de la tumba los siguientes versos:

*Pasó como las aves como las nubes como la sombra
como la flor del campo fue su vida
bajo el trágico soplo de la suerte
agachó su corola entumecida
y se durmió en brazos de la muerte*

*Su alma fugaz como la luz del día
se fue sembrando lirios de cariño
porque dulce ternura trascendía
en el vivir su corazón de niño
Igual a lo que canta y lo que vuela
su recuerdo ha quedado florecido
lo mismo en el hogar como en la escuela*

*Porque fue bueno todos lo deploran
y salvado su nombre del olvido
con hondas quejas de pesar lo lloran*

Después del entierro vio la máquina salirse de la vía y rodar por la pendiente de la **manga** de El Naranjo, hasta quedar con las llantas para arriba en una cañada. El chofer murió y la gente se asustó aún más con el aparato. Por más que quisieron volverlo a sacar no pudieron. Y con el tiempo los niños que bajaban hasta donde había caído le empezaron a cortar pedazos de rueda que usaban como borradores.

Mientras tomaba el desayuno le contó a su mamá.

-La Iglesia del pueblo estaba repleta de gente bien vestida, los hombres con unas cintas negras que les bajaban del cuello hasta la cintura y con vestidos de paño con muchos botones, pero distintos al sacoleva y el cubilete que usan el Alcalde y la gente importante del pueblo, eran como más sencillos. Las señoras se veían con vestidos parecidos a los que usan en los actos de gala.

Era el entierro del niño al que mató el aparato y su maestro, al pie de la tumba, le recitó unos versos que jamás se me van a olvidar.

Después reapareció el armatoste, se salió del camino, rodó por la **manga** de El Naranjo hasta la cañada, el chofer murió, al aparato no lo pudieron sacar y con el tiempo los niños iban a cortarle pedazos de rueda para usarlos como borradores.

-Que sueño tan curioso. ¿Quién sabe para qué Dios permite que veas esas cosas?

-Yo creo que es para hacerme ver como lo del invento será para mal.

-Hasta de pronto sí. Cuéntale a doña Josefita y llévale esta boleta al señor de la fonda para que me mande unos encargos.

-Así lo haré. La bendición mamá, ya tengo que irme.

-Espérate un poquito que aquí tengo un par de bestias para que las lleses a la escuela.

Enseguida la madre apareció con dos caballitos de palo con las cabezas hechas de fieltro. Uno era con cabeza de mula y el otro con cabeza de yegua.

Así el arrierito salió, esta vez, a pleno galope rumbo a la escuela.

Comentarios al por mayor

En la escuela el niño aprovechó para conversar con doña Josefita sobre las novedades que sus sueños le traían.

-Mamá me pidió que le hablara de un nuevo sueño que tuve ayer.

-Es bueno saber todo lo que te ocurre. La mayor satisfacción que tiene una maestra es conocer a sus alumnos y que ellos le tengan respeto y absoluta confianza.

Entonces el arrierito contó su historia.

-¡Qué impresionante! Nunca me imagine que fuera a tener conocimiento de algo en la vida como esto.

-A mí me tiene también impresionado.

-Pero no deja de ser un privilegio que aún por razones que uno desconozca, le sea transmitida una imagen del futuro.

Encomendémonos a Dios para que sepamos obtener provecho.

-Muchas gracias doña Josefita por atenderme.

-No faltaba más. Salúdame a tu mamá.

En los recreos y en todos los ratos libres, sus compañeros querían que les contara lo que más pudiera.

-Yo creo que ya les dije lo que sabía.

-En mi casa conté y se quedaron boquiabiertos. Mi abuela dijo que eso era como el Apocalipsis.

-A mí me pegaron un regaño por estar oyendo y repitiendo bobadas.

-En cambio yo no tuve problemas, mi papá dijo que había que parar la oreja y poner el ojo.

-Mi hermano mayor dijo que todo era el progreso que se nos venía encima, pues hubo una época en que no se tenían cañones, ni armas con pólvora para la guerra y otra en que sí se tuvieron.

-Un tío que viaja mucho comentó que un tal Julio Verne hablaba hasta de viajes a la luna.

Aquí hubo una carcajada general.

Pero cuando el arrierito fue a la fonda a hacer el mandado, casi no lo dejan salir.

-Muchacho, siquiera viniste por aquí, mi hijo me contó lo que dijiste en la escuela. ¿Cómo fue bien eso?.

Apenas terminó su historia.

-Tenemos que seguir conversando de ese asunto. Dígale a su mamá que ahí le mando los encargos y me la saluda, lo mismo a su papá y tome estos confites de **encima** para usted.

-¡Muchas gracias!

-Cuando te vuelvan a mandar por alguna cosa charlamos.

Así fueron pasando los días hasta que llegó el sábado, que era el de ir a mercar hasta el pueblo.

Mientras él cargaba un canasto y su mamá le iba echando lo que compraba, los vendedores que habían tenido noticia empezaban a interrogar al niño, a regalarle frutas y corozos para entretenerlo, pidiéndole que les hablara del asunto.

El lo hacía con tanta sencillez que muchos quedaban conmovidos, pero no faltaban los escépticos.

-Los muchachos tienen mucha imaginación y son medio mentirosos, no sé por qué la gente es tan boba que le para bolas a este petacón.

Otros exageraban.

-Este tiene dotes de adivino. Debe saber y hacer mucho más de lo que dice.

En todo caso, la noticia se regó como pólvora y se comenzó a comentar en la plaza pública llegando a oídos del Alcalde y del señor Cura Párroco.

-Qué raro que el señor Gobernador no me haya avisado de cambios en las comunicaciones, decía el Alcalde.

-Yo pensé lo mismo de la Curia, pero después caí en la cuenta que se nos comenta apenas algo que un niño vio en sueños.

-Es verdad, señor Cura, la gente habla del asunto como si ya tuvieramos ese aparato listo para circular entre nosotros.

-Y lo que le habrán agregado a la verdadera historia, cuando el niño venga a misa mañana voy a hablarle.

-Entonces, yo le pido que me invite a escucharlo.

-Claro que sí. Esa historia no deja de ser muy buena.

Enseguida el Alcalde pasó a la peluquería:

-César, supe algo de un aparato con el cual anda soñando un muchachito de la Escuela de Maraprá.

-¿Cómo así señor Alcalde?

-Sí, es un carruaje que se mueve sin necesidad de caballos, tiene cuatro ruedas, puede ser manejado por un solo hombre y carga con todo lo que puede una recua de mulas. Se desliza por cami-

nos tan anchos como las calles de los pueblos. Pero el que lo conduce aparecía como alma en pena, después con las ruedas del armatoste ese fue triturado un niño que jugaba, en los sueños desde luego.

-Siquiera apareció usted que me contara la historia completa.

Aquí me la decían por pedacitos y me daba hasta pena ponerme a hablar de eso. Pero ya veo que es una cosa con pies y cabeza, o mejor un carro grande que se mueve sin mulas. No faltó quien me mencionara el fin del mundo.

-Es que no crea que el enredo es poco, cómo hará para moverse eso, si es que va a existir.

-Pero vea como es la gente. Don Félix dice que es fantasía, que en el sueño se tragaron los caballos de tiro. Don Isaac, que sería una dicha poder negociar con esos aparatos. El poeta Andrés, que le va a escribir unos versos a los niños difuntos por culpa del aparato y a las pobres mulitas encerradas en los potreros, sin más caminos por delante y al hombre devorado por su trágica angustia. El tinterillo Manuel, que va a recomendar un contrato especial -mínimo con la firma de dos testigos- cada que se pretenda comprar y vender un bien tan costoso. El carpintero, que va a tener trabajo para toda la vida haciendo unas cajas tan grandes; y mi mujer, que cómo será un paseo en una cosa de esas conmigo manejando.

-Parece que aquí todo el mundo ya le sacó cuentas al asunto.

-Sí, pero si usted no me explica, yo ya estaba pensando que este se había vuelto un pueblo de locos.

-De todas maneras uno tiene que conversar de lo que se le ponga por delante.

-Eso es verdad, sobre todo en este oficio en donde uno se da cuenta a la fuerza de quien vende la finca, está aburrido con tal animal, quiere que le hagan una casa, unos muebles, etc. Y la gente siempre le pregunta a uno: oiga César usted no sabe a quién le interesa, quién tiene, en cuánto...

-Sí, pero no se me haga el bobó, ¿qué piensa del asunto que comentábamos?

-La verdad es que me puse a pensar que si los caminos se vuelven calles, los campos se volverán ciudades angustiosas y que por eso el poeta en lugar de la oda piensa en un gemido.

-César, usted ve bien.

-Sí, pero por el zapatero que me dijo esto y se lo repetí a ver qué pensaba usted. Es que realmente la gente no se da cuenta de lo que inventa. Y si no fuera por esta peluquería yo tampoco me daría cuenta.

-No toda la gente, César...

Domingo

El Alcalde corrió desde la peluquería a buscar al Párroco y lo puso al tanto de lo que César le había comunicado.

-La situación no es ignorada por nadie. Todos saben, comentan y dicen cosas atinadas; o los más grandes disparates.

-Voy a aprovechar la misa de mañana para tratar del tema en los sermones.

-!Qué domingo el que nos espera! Yo estaré en primera fila porque me gustaría saber a la luz de la teología que puede decirle usted Padre a todas estas gentes.

-Sobre todo, a usted mi querido Alcalde que tiene el deber de saber gobernarlas.

-Con mayor razón estaré presente.

Realmente el aparato era el tema de todas las conversaciones, pero los feligreses que asistían a misa ese domingo, se miraban estupefactos cuando en la homilía el Padre comenzaba a abordar el asunto.

-Se habla mucho de unos sueños que ha tenido un estudiante de tercero de primaria de la escuela de Maraprá. Esas premoniciones que él ha tenido cuentan con una base real: una carga que le fue-

ra encomendada a su padre y a sus tíos, quienes ejercen las labores de arriería y de cuyo contenido tuvieron conocimiento de parte de quienes los contrataron.

Se trataba de las piezas de un aparato parecido a una caja gigantesca que se movilizará con ruedas y que impulsado por una fuerza, para nosotros desconocida, será capaz de cargar con lo que pueden veinte mulas, siendo conducido apenas por una persona.

Lo que aparecía enigmático, en muchas de sus partes, fue aparentemente desvendado por una serie de sueños que tuvo un niño preocupado por la existencia del aparato.

Así por ejemplo, se supo que andaría por vías tan anchas como las calles de los pueblos, que quien lo maneja irá dentro de una cabina y la caja con la carga se ubicaría atrás de la misma. Que además viviría en una situación de prisa tan angustiosa, que hizo pensar, durante los primeros sueños, en un ánima en pena.

Después, fueron reveladas circunstancias como el juego de unos niños, el deseo de pasearse en el artefacto, la muerte accidental de uno de ellos, el fin de la máquina en el fondo de una cañada y la consecuente muerte de quien la manejaba.

Todo hace pensar en como la Divina Providencia que no consiente se caiga una hoja de un árbol sin su Voluntad, nos quiere decir algo, y quienes nos preocupamos por acatar sus designios debemos poner atención.

Un niño no tiene por qué abrigar intereses mezquinos ni capacidad de fabricar algo tan coherente. Alguien permitió que estas cosas se le manifestaran para que nosotros también las conociéramos.

Yo no abrigo la menor duda al respecto. Sin embargo, sería precipitado decir que algo muy malo va a suceder en un tiempo que ciertamente será futuro, como se deduce de las modas, las vestimentas y la sicología agitada que tanto impresionó a nuestro vidente.

Lo que si podemos decir a ciencia cierta es que debemos tener un especial cuidado en mantenernos como el Apóstol San Juan con el oído puesto en el Corazón de Dios, pues así haremos buen uso de los inventos que en virtud de la inteligencia que El nos dio logremos realizar, para ayudarnos en las pesadas cargas de la vida.

De lo contrario, éstos no serán sino fuente de agitación, de grande perturbación, de Babel.

Sí, de Babel, ¡monumento de presunción y torre de confusión! Cómo es oportuno y necesario tener vivo el contraste entre los armoniosos sonidos del Corazón de Dios comparados con los que produce el corazón de un hombre agitado cuya razón no gobierna más a la voluntad y ésta, a su vez, a la sensibilidad. De un hombre que por afición a la velocidad va a dejar de lado el pensamiento y el control de sus propios sentidos, quedando enteramente descaracterizado.

Yo no tengo más para decirles, si Dios me inspira otra cosa les hablaré en otras ocasiones, pero en vano vigila el centinela si su corazón no está puesto en el Señor.

Las palabras del sacerdote impresionaron tanto, que una grata sensación de sosiego inundó a los asistentes.

A la salida de misa el Alcalde decía:

-Yo no me imaginé que el Padre fuera a salir con esa; así como me preocupa la cantidad de **convites** que tendría que organizar para sacar adelante el proyecto de convertir los caminos practicamente en calles, as     se preocupa por el equilibrio interno que deben tener todas las almas.

-De lo contrario el mundo se volver   histórico, decía un profesor del Colegio de Varones del pueblo.

-En las que nos pone el solo hecho de pensar en un inventico, le replicó el Alcalde.

-Realmente los inventos cambian el estilo de vida de la gente, por eso las eras históricas se confunden prácticamente con ellos. Quienes gobiernan los pueblos y las almas tienen que tenerlos muy en cuenta, pero los que educamos s   que más.

-Qué Dios nos asista, querido profesor.

Vuelta a la normalidad

Los días pasaron y las conversaciones sobre los sueños del arrierito fueron volviéndose cada vez más raras, a pesar de que el hecho quedó en el archivo imborrable de la memoria de las gentes.

El niño, que no era obsesivo, continuaba su vida con toda la normalidad del caso. No dejaba de atravesar la portada del pendiente potrero para subir hasta la cerca que lo separaba del camino que conducía a la escuela, abrir el broche volver a cerrarlo y pasearse por los lomos de la ascendiente colina para instalarse tranquilamente en las aulas de Maraprá.

Los campos sembrados, ayer de retoños, hoy lo eran de fecundos maizales de mazorcas izadas, guarnecidas en verdes y empenechados capachos, con las matas de frijol enredadas en ellos como si fueran guirnaldas.

Veía también a su hermanito sin las manoplas de lana que lo protegían de arañarse la cara, encontrarse de pronto contemplando sus propias manos, encantado y sonriente.

Los vientos de agosto lo convidaban a elevar sus cometas y éstas se convertían en las pregoneras espaciales de una infancia juguetona. Con sus colas de colores vivos conformaban pájaros inéditos.

tos o estrellas nunca vistas. En el tiempo del recreo o cuando terminaban las clases, se desplegaban por cientos y las gentes del contorno se quedaban pendientes de esas horas, para darse el gusto de poder admirarlas.

Definitivamente, en agosto el aire se vestía con los sueños coloridos que el papel, las varillas de guadua, las fibras de cabuya y la geometría ponían en las manos de los niños.

Augusto era quien hacía las mejores y no faltaba con sus consejos.

Arrierito, a la próxima póngale una varilla más liviana en el centro. Le quedaron muy buenas las colas.

-Augusto, le decía un muchacho de los de cuarto, qué pasa que ésta no me quiere elevar.

-Tiene que impulsarla más. Pero póngale cuidado a esa cuerda que de pronto se le revienta y pierde la cometa.

Cuando agosto expiraba se asomaba septiembre, abrigado de neblinas y la muchachada se sentía a gusto paseándose en ese sonriente misterio.

Por esa época las aguas bajaban del firmamento y venían a jugar con los niños. Los aguaceros eran un inmenso tejido de hilos de cristal que juntaban el cielo con la tierra.

-¡El que no salte este charco es un flojo!

-¡Hágamos barcos para que naveguen en la zanja, al que le llegue más lejos sin hundirse!

-¡Sí, pero con banderitas!

-¡Vamos a pescar apenas escampe!

-¡Al que saque más peces capitanes de la quebrada!

Eran las consignas más comunes por esos días. Y nadie tenía la menor intención de no ponerlas en práctica.

Con noviembre llegaba la época de los exámenes, de su buen resultado dependerían las alegrías o los castigos de diciembre. Casi podría decirse que por este período, en las aulas no se oía una sola mosca.

El Alcalde, el Prefecto, el Inspector de Educación, los maestros y los padres de familia, presenciaban las pruebas y los muchachos, nerviosamente, daban cuenta de sus conocimientos.

Una vez terminaban venían las vacaciones de fin de año, las largas.

Diciembre se vestía como un zafiro, sus días eran de cristal y se paseaban sobre pisos de esmeraldas engastados con los vivos colores de las demás piedras preciosas.

Todo el ambiente participaba de una diáfana y sosegante transparencia.

Hasta los niños llegaban a pensar que así era como se veía todo, cuando uno lograba subirse a la otra punta de un rayo de luz.

El papá le dijo al arrierito:

-Mijo, como le fue bien en el colegio voy a llevarlo a un viaje hasta Popayán.

-Pero vuelvan para la novena de Navidad, decía la mamá.

-En Navidad nos reunimos todos.

-Traigan figuritas de trapo para el pesebre, que allá hacen bellezas.

-Este muchacho seguramente te va a traer una mula cargada de cosas para el pesebre.

-No faltaba más mamá, las traeremos.

El nuevo viaje

En el recorrido hasta Pereira, no hacía sino acordarse de su primera salida.

-Allí está la misma casa a donde fuimos la otra vez. Cómo se crecieron estas quebradas y también el Risaralda. Ya estamos cerquita de Belálcazar... ¿De dónde se alcanza a ver a Popayán?

-No acose arrierito, le decía “**Macuenco**”, no lo vamos a ver sino cuando estemos llegando, mucho después de Cali.

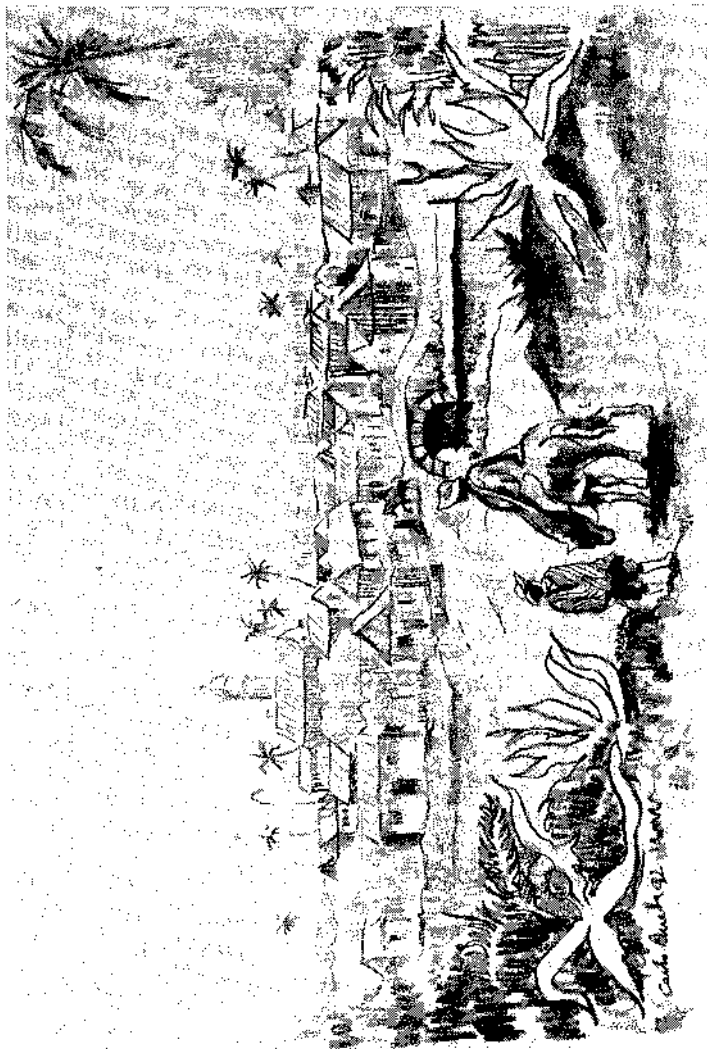
-¿Dentro de cuántos días?

-En seis días por lo menos.

Cuando salieron de Pereira y empezaron a caminar hacia Cartago se hizo sentir la imponente presencia del Valle del Cauca. Desplegados verdores en donde reinaban árboles floridos o con follajes de intenso colorido, en gratas y hospitalarias extensiones, que se dejaban dominar hasta donde alcanzara la vista.

Estancias con casas señoriales llenas de adornos palaciegos, siempre abiertas a los viajeros.

Gentes comunicativas y generosas que les transmitían por los lugares donde pasaban impresiones cada vez más agradables.



A su regreso, les tocó el alumbrado en Cali.

-Esto es otro mundo, decía el tío mayor, aquí no se trata de montañas ariscas sino de tapetes desenrollados.

-Eso es verdad, veníamos para llevar desde Popayán unas encomiendas con muebles pastusos y otros regalos navideños, que arrimaríamos desde Cali, y ya ves que nos mantienen ocupados llevando mercancías entre pueblo y pueblo, tratándonos como a viejos conocidos.

-¡Cómo estas gentes viven bien! decía **“Macuenco”**.

-Cartago tiene casas muy grandes, con patios muy bonitos, agregaba el arrierito, y una plaza real como las de los cuentos.

-Ya irá viendo las otras ciudades, le decía el tío mayor.

-Ahora, estas mulas no dejan de extrañar el calor. Nunca las había visto tan calmadas.

-Es verdad **“Macuenco”**, pero ya podrán descansar en las pesebreras de Tuluá, después en Buga, en Vijes, en Cali y finalmente en Popayán.

-Aún cuando pasto no les faltará, los rebaños de ganado y la cantidad de caballos que por aquí crían son muchos.

-Por millares. ¿Y viste los cultivos de caña que tienen?

-Pueden moler y sacar panela para todas partes.

-¡Qué abundancia!

En el recorrido por esas tierras la arriería anduvo como siendo conducida por una maravillosa alfombra mágica.

Eran tal la cantidad y la variedad de pájaros y todo género de aves que por allí se observaban, que el niño se quedaba muy maravillado.

El tío mayor se encantaba particularmente con las blancas bandadas de garzas.

- Esos animales me recuerdan mucho la elegancia de las gentes de sociedad de por aquí, trajeadas de blanco, sin mancharse con el pantano de sus ocupaciones, sin alejarse de la blancura de sus modales.

-Pero eso es una poesía, le dijo el padre del arrierito. Es que tu tío ha sido siempre de lecturas y de versos y hombre de mucho trabajo.

-Eso nos dice la maestra, que si uno sabe estudiar aprende a trabajar mejor.

-Así es mijo.

-Sobrino, es muy cierto, pero existe un libro que es el más importante de todos y que la gente poco estudia.

-¿Cuál es?

-El que todos tenemos que mirar a la fuerza día a día.

-¿Es una adivinanza?

-No, porque a la edad tuya no sabrás responderme. Voy a decírtelo: es el libro de la creación. Si aprendes a darte cuenta de la manera como pasan las cosas con la naturaleza, tendrás más conocimientos que cualquiera. Esas garzas me cuentan perfectamente cómo son las mejores familias de estos lados. En cambio el guayacán me habla de la mejor gente de la cordillera.

-¿Cómo así?

-El guayacán extiende sus ramas para darnos sombra, protegernos, nos brinda sus maderas para el mueble y el tiple y se tupe de flores para alegrarnos. Así son nuestros patriarcas: robustos, generosos y afectuosos, siempre imponentes.

-Una vez ví con mamá una pava defendiendo sus pavitos y ella me

dijo que la naturaleza enseñaba el cuidado de las madres con sus hijos.

-Ya ves, ¿y a quién se le olvida una lección de esas?

-Los libros apenas sirven para ayudar a apreciar esas cosas, según eso, decía **“Macuenco”**.

-¡Eso es así! Los buenos libros son los que nos ayudan a saber de todo esto.

-También los buenos versos, las buenas canciones y hasta los cuadros, agregaba **“Macuenco”**.

-Los conversadores, también por lo que estoy viendo, dijo el padre del arrierito.

Así pasó el tiempo y llegaron a Popayán.

Esta ciudad era la mítica capital del Estado Soberano del Cauca, allí se acuñó la historia de la región andina del occidente de Colombia y era una madre que se desvelaba por todos los rincones de su territorio.

Doña Josefita, la maestra, se la ponía a sus alumnos como el modelo de todo. Sus gentes eran cultas, guerreras e hidalgas. Sus iglesias las más bellas, sus casas acogedoras y monumentales, sus universidades y sus colegios, los mejores.

El arrierito la miraba alhelado:

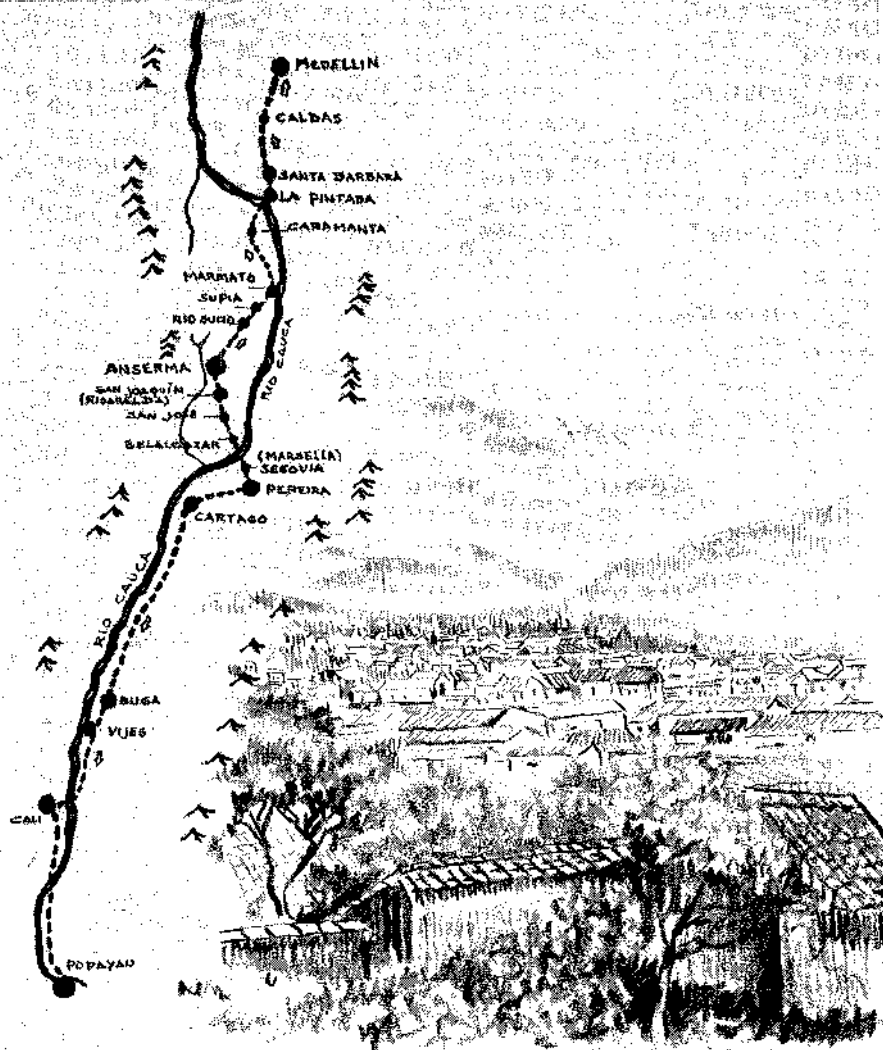
-Papá, ¿aquí hay virreyes?

-Ya no los hay en ninguna parte.

-¿Y quién vive aquí entonces?

-A lo mejor gente que descende de ellos. Esta ciudad es muy antigua.

-Pero arzobispos, generales, hombres de gobierno y letrados, los



Los caminos del arriero.

hay por cantidades, le comentaba su tío mayor. Aquí se nota que hay grandeza.

-Ya entiendo por qué doña Josefita nos cuenta tanto de Popayán.

-Mijo, esto hay que verlo.

-Cuando te toque estudiar la geografía en versos de don Miguel Cataño no solamente vas a verlo sino a declamarlo, repuntaba “**Macuenco**”. Vea sobrino lo que don Miguel nos enseñó:

*Bajo un cielo puro y bello
Se contempla una ciudad
Con su frente erguida,
se llama Popayán.*

*Belalcázar en el año
mil quinientos treinta y seis
La fundó muy bien situada
No lejos del Puracé.
Tiene casa de moneda,
Imprenta, hospital
Varios templos, seminario
y Palacio Arzobispal.*

La ruta final

A su regreso, les tocó el día del alumbrado en Cali, los polvoretos se lucieron con castillos magníficos que representaban la Inmaculada con una luna de plata a sus pies, rodeada de estrellas doradas, con manantiales iluminados que brotaban de sus manos. Voladores que cual zumbido inflamado se desabrochaban en una carga de explosiones y de luces que semejaban una lluvia de rubíes, de esmeraldas, de zafiros o de oro, que dejaban encantado a cualquiera.

Las calles y los caminos estaban literalmente guarnecidos de faroles y de velas encendidas.

Todo convidaba a que las familias y los amigos se reunieran.

Los lugareños sintieron pena del cortejo de arrieros que estaba lejos de su propia casa y los abrumaban con atenciones.

-Pobrecito el niño, decían las señoras. Cómo le debe de hacer falta la mamá. Cómaselo este poquito de arequipe. ¿Quiere quemar pólvora con mis hijos?

-Muchas gracias señora, los acompañaré un rato si papá me deja.

Así conversaron con mucha gente que no dejaba de insistirles en que se vinieran de esas lomas tan frías y vivieran en las tierras de ellos.

Los arrieros comentaban al retomar el camino:

-Esta gente es muy querida. Pero no saben lo que es también la vida en la cordillera.

-Ni que la cabra tira para el monte.

-¡Sobre todo eso!

En el trayecto las montañas se veían cada vez más azules y distantes, al niño le daba la impresión de que nunca volverían a pisarlas.

-Es harto lo que hemos recorrido en estos planes y las montañas se ven bien lejos, le decía a su padre.

-A este muchacho lo cogió el afán, afirmaba **“Macuenco”**.

-¡No! por ser a mí que la jornada no se acabe nunca. Pero mamá quería que volviéramos para la novena.

-¿Es que te gustó la arriería?, le preguntaba socarronamente el tío mayor.

-Claro, es un trabajo muy bonito y ya he aprendido mucho.

-Yo no te digo nada porque nosotros nunca salimos de esta, le comentaba el padre.

-De tal palo, tal astilla, insistía **“Macuenco”**.

Cuando salieron de Cartago sintieron bien cerca la presencia de las montañas y consecuentemente una alegría muy grande.

Cuando la recua posó sus cascos sobre la cordillera el niño palpó como nunca la fuerza imponente de la arriería.

En la subida a Belalcázar mientras divisaba a sus pies la rica alfombra de los valles del Risaralda y del Cauca; y en lo alto la ma-

jestad de los picos montañosos, le preguntó a su tío mayor:

-Tío, ¿qué te dicen estos valles que ya cruzamos y esos picos que nos faltan por subir?

-Que allá abajo hay un jardín y esto aquí arriba es un muro, para que cualquiera no se meta en ese lugar. Aquí arriba está la fuerza y allá abajo está la delicadeza. Piense en un jardín sin una cerca que lo proteja, cualquiera podría pisarlo. Así Dios dispuso las montañas y los valles.

Pero póngale cuidado a lo que decía el poeta Roberto Restrepo de las cumbres ansermeñas:

*Recogió Dios su desvelo,
y como premió la raza
le dio esta cumbre por casa
por estar más cerca del cielo,
ya lo decía mi abuelo,
con señalada porfía,
que de aquí se percibía
cuando entonaban a diario
el santísimo rosario
Dios y la Virgen María.*

El niño se quedó muy contento con la respuesta. Sin embargo, se puso a pensar en qué sería del jardín, del muro y del mundo entero sin los arrieros y sus recuas de mulas:

-¿Qué acontecería con todo ese estilo maravilloso de vida?

-¿En los pasos difíciles de qué cola se agarraría?

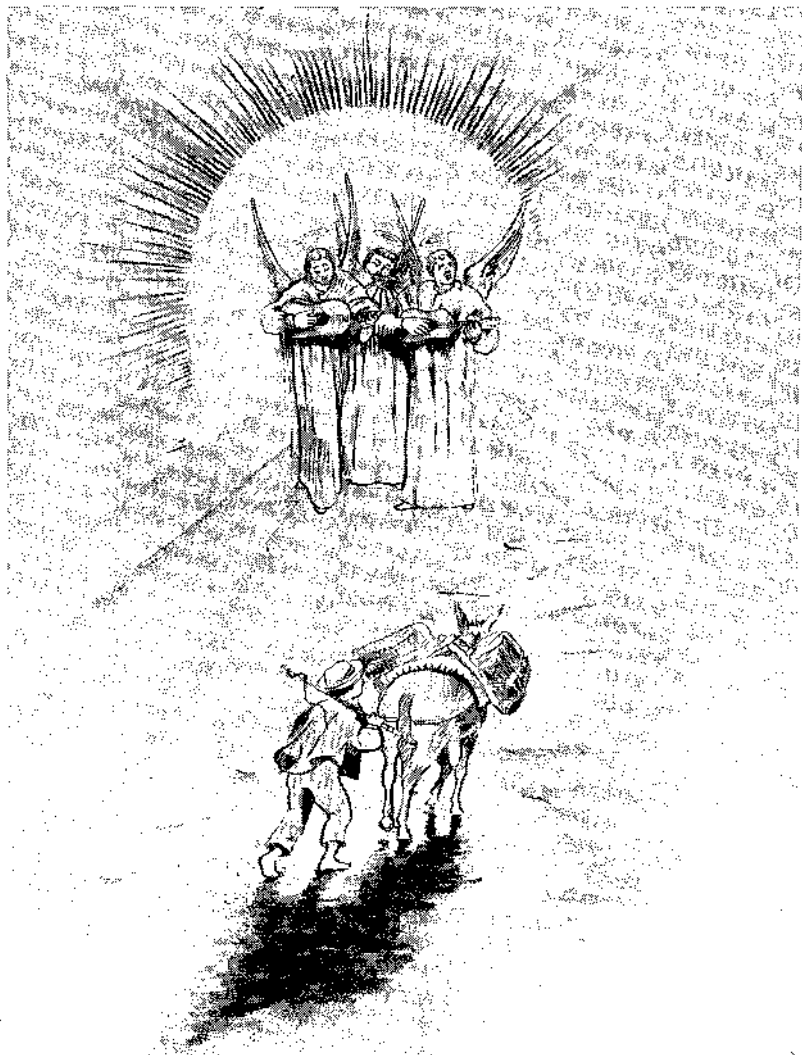
- ¿No se oirían más los tipleros alegrar la marcha de la recua?
- ¿Qué sería de la campanillera, esa señora de la mulada. No saldría más de los potreros?
- ¿Quién como el “**sangrero**” haría sonar su trompeta para indicar los pasos peligrosos?
- ¿Qué sería de los “**caporales**”, grandes señores del oficio como lo era su padre?
- ¿De los arreos siempre impecables y bien cuidados?
- ¿De los valles, de los montes?
- ¿Quién aprendería sus lecciones?
- ¿Qué se volvería a saber de la Virgen del Paisaje y del ángel de los arrieros?

-Sin duda todo cambiaría. ¿Para bien? ¿Para mal?

-El, que no quería sino ser arriero, ¿ya no podría serlo más?

Volvieron a su cabeza los sueños de la otra travesía y tuvo la viva impresión que el libro de la naturaleza le había enseñado la página final de la arriería, consolándolo con la policromía de los atardeceres, la belleza de los muchos parajes y animales, la bondad de las gentes y la viva intensidad con la cual todas las criaturas se iban manifestando ante sus ojos.

Saliendo de Belalcázar, un atardecer magnífico los bañaba de oro y una impresionante escena se dibujó en el telón del crepúsculo. Tres seres de luz, con unos ponchos más bellos que el plumaje de los colibríes, vinieron al encuentro del último niño que había amado la arriería y se lo entregaron a su altísima Señora, la Virgen del Paisaje; conduciéndolo por un camino de rayos y esplendores en donde se les unieron, en cortejo, unos ángeles tipleros que cantaban:



La ruta final.

*Por caminos de piedra, por trochas y barriales,
Sin respetar alturas ni abismos ni distancias.
Marchaban los arrieros y marchaban las mulas
Y marchaba el futuro sin sombras de una raza.*

*¡Mulas de aquellos tiempos! Pacientes servidoras
Que jamás escucharon elogios de su estampa.
Ellas no pretendieron ser como Rocinante
Ni tener los arreos del Babiaca de España.
La sangre de las mulas era una sangre inédita
Sin altas charreteras ni acciones de batalla,
Pero el progreso busca en sus cuatro herraduras
Las condecoraciones más altas de la patria.*

Composiciones citadas en la obra

Se advierte que aun cuando muchas de ellas no corresponden -cronológicamente hablando- a la época del cuento, se integran a éste por haberse fundido en el mito de la arriería.

Ramiro CARRASCO: "Los Cisnes"

Miguel CATAÑO OBANDO: "Geografía en Versos".

Luis Carlos GONZALEZ MEJIA: "El Carriel"

Luis C. GONZALEZ: "La Ruana"

Vicente MEDINA: "Las Acacias"

Roberto RESTREPO GONZALEZ: "Remembranzas"

Jorge ROBLEDO ORTIZ: "Nuestra Señora del Paisaje".

Significado de los términos regionales

Asoliar: Por asolear, poner al sol.

Cacho: Serio contratiempo.

Caporal: Grado más alto de quien ejerce el oficio de la arriería. Es el responsable por los hombres, por la mulada y por la carga.

Convite: Convocatoria a los habitantes de un territorio para la realización de obras públicas.

Cuido: Comida para los animales.

Chócolo: Choclo, mazorca de maíz tierno.

Encima: ñapa.

Estripado: Aplastado, con las tripas afuera.

Jíqueras: Bolsas malladas hechas con cabuya.

Líchigos: Mochilas hechas con cabuya.

Macuenco: Bastante forzado.

Manga: Pequeña extensión de tierra sembrada de pastos que sirve de potrero.

Motilada: Peluquiada.

Puchaletas: Trompo de poner los quines.

Sangrero: Grado inferior de quien ejerce el oficio de la arriería. Le corresponde cargar y descargar las mulas, cocinar y anunciar con la trompeta o un cacho, los pasos peligrosos.

Toriado: Por toreado.

